
HARLEQUIN
Deseo™
Jeques
NOCHE ENTRE DUNAS
KRISTI GOLD



NOCHE ENTRE DUNAS

KRISTI GOLD



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Noche entre dunas, n.º 2039 - abril 2015
Título original: One Hot Desert Night
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6270-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

El jeque Rayad Rostam tenía las manos manchadas de sangre, una idea fija y un peso con el que cargaba desde hacía años.

Aunque a veces añoraba estar en paz, llevaba tanto tiempo viviendo al límite que no sabía hacerlo de otra forma. Y, aquel día, mientras miraba por la ventana las montañas que dominaban Bajul, al tiempo que sentía un dolor en el costado que le recordaba su reciente enfrentamiento a la muerte, su misión, que parecía no tener fin, lo impulsaba a continuar.

–No puedes retomar tus obligaciones hasta que te encuentres bien, Rayad.

La orden se la daba el rey, su primo, Rafik. Rayad detestaba que le dijeran lo que debía hacer, así como vivir dominado por la lealtad familiar y los decretos reales. Reprimiendo la ira, siguió mirando el paisaje para evitar el escrutinio de Rafik.

–No veo por qué no puedo volver inmediatamente. Me han pasado cosas peores que romperme las costillas, y me volverán a pasar.

–Y la próxima vez, tal vez tus heridas no puedan curarse, sobre todo si te desenmascaran.

Rayad se volvió hacia Rafik tratando de contener la furia que le producía que le recordaran su caída.

–Hace muchos años que aprendí de mi error y, desde entonces, nadie ha descubierto mi identidad. Que mi seguridad se encuentre en peligro es un riesgo que corro por cumplir con mi deber para con mi país.

Rafik se recostó en la silla situada detrás del escritorio. La ira de Rayad no parecía haberle afectado.

–Vas más allá de arriesgarte, querido primo, al seguir buscando a asesinos escurridizos que probablemente no encontrarás.

A punto de perder el control, Rayad apoyó las manos en el borde del escritorio y se inclinó hacia delante.

–No dejaré de buscar a los responsables hasta haberlos encontrado y castigado.

–¿Y si no los encuentras?

–Moriré en el intento –respondió Rayad incorporándose.

–Eso es precisamente lo que temo que suceda. He aceptado que nunca sabré las circunstancias que rodearon la muerte de mi madre, así como que no fui responsable.

–Mi situación es distinta, Rafik. Tú te refieres a un posible accidente o suicidio; yo hablo de asesinato.

–Hay respuestas que no se deben conocer. Hay que vivir la vida. Tú debieras reconstruir la tuya, como he hecho yo. Debieras honrar la herencia familiar y continuarla con un heredero.

–A diferencia de tus hermanos y tú, mi deber me impide tomar esposa y tener hijos.

–Yo gobierno este país. Zain ha establecido un sistema de conservación del agua que asegurará el futuro de Bajul. Adan es el jefe de las Fuerzas Armadas. Los tres hemos tenidos hijos y satisfecho a nuestras esposas.

Desde la llegada de Rayad a palacio todo indicaba que así era. Cada noche, durante la cena, se veía rodeado de varios Mehdi en miniatura y de Maysa, la esposa del rey, que estaba encinta.

–Te felicito por ello. Sin embargo, a mí no me interesa la tranquilidad doméstica.

–¿Estás tan obsesionado por tu sed de venganza que no anhelas la compañía de una mujer?

–No soy célibe, pero hay pocas mujeres de las que me fíe para acostarme con ellas.

–¿Cuánto hace que no estás con una, Rayad?

–Llevo ocho meses infiltrándome en diversos campamentos de los insurgentes. ¿No recuerdas que me diste esa orden?

–Tal vez debieras aprovechar esta oportunidad para encontrar pareja.

Sus padres le habían sugerido lo mismo, como si esperaran que olvidara el dolor y los remordimientos. Era evidente que nadie entendía que solo quería satisfacer su natural deseo de venganza, no adaptarse a una vida normal.

–Aunque aceptara casarme como me pedís mi padre y tú, hay pocas mujeres adecuadas para ello en Bajul, Rafik. La mayor parte están casadas o son demasiado jóvenes.

–¿Por qué lo pones tan difícil? Puedes irte a otra región. Estoy seguro de que tu padre podría buscarte un buen partido en Dubái.

A fin de acabar con aquella conversación, Rayad volvió a mirar por la ventana y vio que llegaba la limusina oficial. Cuando el chófer se bajó y abrió la puerta trasera, se bajó una mujer de larga melena rubia. Se movía con la gracia de una gacela. Cuando se quitó las gafas de sol y alzó la vista hacia la ventana, Rayad admiró su belleza, lo cual inmediatamente le recordó su abstinencia.

Se obligó a apartar la mirada y se volvió hacia Rafik.

–¿Esperas invitados? ¿Una mujer?

–Así es. Se quedará aquí por tiempo indefinido.

Rayad comenzó a caminar por la estancia.

–¿Está casada?

–No, pero te aconsejo que no te acerques a ella –respondió su primo frunciendo el ceño.

Rayad se detuvo y miró a Rafik, tan repentinamente irritado.

–¿Por qué? ¿Quieres acostarte con ella?

–Claro que no. Te recuerdo que estoy casado.

–Cierto, pero puede que hayas decidido volver a instaurar la antigua costumbre de poseer un harén.

Rafik le lanzó una mirada cargada de veneno para demostrarle que no le hacía gracia la suposición.

–Es la cuñada de Adan. Como flirtees con ella, tendrás que responder

ante él, tu comandante en jefe, al igual que ante Piper, su esposa.

–¿Cómo se llama?

–Sunny McAdams. Es corresponsal internacional, y dudo mucho que le interese tener una aventura contigo, si es lo que estás pensando. Tengo entendido que acaba de romper con un compañero de trabajo.

–Gracias por el consejo, primo –dijo mientras se dirigía a la puerta–. Lo tendré en cuenta.

–Harás bien, Rayad, y te sugiero que…

Rayad cerró la puerta antes de que su primo acabara de sermonearlo. Su intención era dar a la invitada la bienvenida que se merecía.

Le encantaba ir detrás de una mujer; toda su vida era un continuo desafío. Las fantasías eróticas eran su especialidad; el sexo, su segunda vocación. Cuando decidía conquistar, pasaba por alto todos los obstáculos que se interponían en su camino.

Aunque el paisaje montañoso era imponente, y un sueño el majestuoso palacio que tenía ante sí, Sunny McAdams no estaba de humor para apreciarlos. Solo deseaba tranquilidad, un refugio para recuperar el valor y volver a ser la mujer que había sido.

Unos meses antes había llegado a Bajul, aquel país de Oriente Medio, para visitar a Piper, su querida hermana gemela, que se había casado con un auténtico príncipe árabe. Entonces, estaba contenta con su vida, trabajaba de periodista y tenía una relación informal con un buen tipo. Dos semanas después, todo se había ido a pique. Se sentía muy triste y sola, aunque no destrozada. Nada ni nadie podían destrozarla.

También creía que la vigilaban. Desde el secuestro, estaba cada vez más paranoica. Todo el mundo le parecía un enemigo.

Aunque le costara reconocerlo, necesitaba a su familia, a Piper sobre todo. Sus diferencias de personalidad nunca habían sido un obstáculo cuando se trataba de satisfacer sus necesidades emocionales. La conexión que había entre ellas había impulsado a su hermana a invitarla visitarla y a quedarse todo el tiempo que necesitara.

Cuando el conductor le hizo un gesto para que entrara, dos fornidos guardias abrieron las pesadas puertas de madera para que accediera al palacio de los Mehdi. Siguió al hombre que llevaba el equipaje a lo largo de un vestíbulo, repleto de exquisitas obras de arte.

El sirviente se detuvo ante la escalera y dejó la bolsa y el neceser a los pies de Sunny.

–Si hace el favor de esperar aquí, iré a llamar a su hermana.

–Desde luego –respondió Sunny, sin comprender por qué debía esperar. No imaginaba que Piper se hubiera olvidado de su llegada.

Pasaron varios minutos que Sunny dedicó a contemplar varios retratos de personas de la realeza alineados en las paredes de piedra, entre los que se hallaban el del rey; el estoico y guapo Rafik Mehdi; y el de su gallardo hermano Zain. Después se detuvo ante el retrato de Adan, el benjamín de los Mehdi y su nuevo cuñado. Tuvo que reconocer que su hermana había elegido a un hombre muy guapo y que el pintor había captado cada

detalle de su rostro.
Al inclinarse para ver la firma del artista, Sunny se sorprendió al reconocer la letra de su hermana gemela. Retrocedió y comprobó que Piper había pintado todos los retratos, y lo había hecho muy bien. Su hermana había hecho realidad, por fin, su sueño de ser artista. Y al mismo tiempo se había convertido en princesa. Increíble.
–Ya era hora de que te libraras de las garras de nuestro abuelo –murmuró.
–La influencia familiar puede ser un problema.
Sunny se llevó instintivamente la mano a la garganta mientras se daba la vuelta para hallarse ante los ojos más negros que había visto en su vida. Todo en aquel hombre indicaba que era militar, desde el pelo negro muy corto hasta las botas de combate, pero llevaba barba de unos días. La negra camiseta se ajustaba a un torso bien torneado y a unos brazos musculosos que captaron la atención de Sunny, al igual que el aire de seguridad del hombre y la forma ligeramente arrogante en que alzaba la barbilla.
Mientras él la miraba de arriba abajo sin reparo, se despertó el instinto periodístico de Sunny para describirlo: sigiloso, misterioso y terriblemente sexy.
Sintió que la cara le ardía. Al ver que él no hablaba, le tendió la mano.
–Soy Sunny McAdams. Y usted es…
–Encantado de conocerla –dijo él tomándole la mano.
Cuando se la soltó, ella le preguntó:
–¿Tiene usted nombre o debo adivinarlo?
–Rayad –replicó él sin un atisbo de sonrisa, pero sin dejar de mirarla como si quisiera leerle el pensamiento. Era una suerte que no pudiera hacerlo, ya que ella tenía muchos secretos que nunca revelaría a un desconocido.
–Vaya, es usted un hombre de pocas palabras que no parece tener apellido.
–¡Ya estás aquí!
Sunny dejó de prestar atención al desconocido para volverse hacia su hermana, que bajaba por la escalera prácticamente a saltos. Antes de que llegara al vestíbulo, Sunny se dio cuenta de que el misterioso Rayad había desaparecido.
–Me alegro tanto de que estés aquí –dijo Piper abrazándola.
–Yo también –afirmó Sunny–. No sé cómo agradecerte que me hayas invitado.
–Puedes quedarte todo el tiempo que quieras –afirmó su hermana mientras le estudiaba el rostro–. Tienes un aspecto horrible.
Tal vez eso explicara por qué aquel hombre misterioso no había dejado de escudriñarla.
–Vaya, gracias, hermanita.
–Me refiero a que pareces agotada. No podrías tener un aspecto horrible aunque te lo propusieras.
–Necesito dormir y tomar el sol.
–Pues has venido al sitio indicado –afirmó Piper sonriendo.

A Sunny le pareció que había vuelto a la época en que nada preocupaba a las dos hermanas, a pesar de no haber tenido una madre que se ocupara mucho de ellas.

–Te acompañaré a tus aposentos –dijo Piper tomándola del brazo–. Te he escogido los de la primera planta, reservados para invitados especiales. Estarás muy tranquila.

A diferencia de la vez anterior que había estado en el palacio, Sunny necesitaba intimidad y un refugio, al menos cuando no tuviera que relacionarse con sus cuñados.

–Solo necesito una cama y una bañera.

–Tendrás ambas cosas –le aseguró Piper mientras la conducía por un largo pasillo que salía del vestíbulo–. Además de un jardín privado.

–Con tal de que no tenga que cuidarlo, me parece estupendo.

Piper se detuvo ante una puerta de madera y la abrió.

–Esta habitación es propia de una princesa, o de la hermana de una princesa.

Sunny traspasó el umbral y se quedó impresionada ante su tamaño y grandiosidad. La cabecera de la cama era de madera tallada; la colcha de seda roja, con las sillas a juego. Se volvió hacia Piper sonriendo.

–¿Dónde está mi diadema de princesa?

–Enseguida digo que te la traigan. El cuarto de baño está a la derecha. Tiene una bañera y una ducha enormes, por si quieres celebrar una fiesta con uno o varios acompañantes.

Sunny ni siquiera tenía uno. Se le apareció la imagen del atractivo Rayad, pero la rechazó. Pero no pudo desechar las imágenes de su confinamiento a manos de un criminal. No podía librarse de la preocupación de no volver a funcionar como la mujer sensual que había sido.

–¿Tienes unos minutos o debes atender a tus obligaciones reales o maternales?

Piper se sentó en un diván de brocados dorados.

–Puedo quedarme. Sam no se despertará de la siesta hasta dentro de media hora, más o menos.

Sunny se sentó a su lado.

–¿Cómo está mi sobrino?

–Rollizo y muy activo para ser un bebé de ocho meses –respondió Piper sonriendo–. Ha empezado a gatear muy pronto, y está a punto de andar.

–Supongo que no os ha dado ni a ti ni a Adan problema alguno desde que lo adoptasteis.

–Ninguno. Y todo el reino acepta que Sam es mi hijo.

–Lo es –afirmó Sunny tomándola de la mano.

–Tienes razón. Y, además de ser madre, me han nombrado pintora oficial de palacio. He tenido que hacer malabarismos estos últimos meses, pero mi esposo y el personal de palacio me han ayudado mucho con Sam. Hace dos días terminé el retrato de Adan.

–He visto los retratos, y son muy buenos. Me alegro mucho de que hayas logrado apartarte del negocio del abuelo y de que puedas hacer lo que llevas años deseando.

–Te aseguro que si no hubiera conocido a Adan todavía seguiría siendo embajadora de la empresa. Mi puesto me llevó directamente a conocer a mi esposo. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo estás?

Sunny temía aquella parte de la visita: contar los detalles de su ruptura con Cameron, detalles horribles que revivía noche y día desde la traumática experiencia que había sufrido.

–Mucho mejor que la última vez que hablamos. He pasado de la ira a la aceptación –aunque nunca aceptaría que su antiguo amante la hubiera abandonado cuando más lo necesitaba.

–No es culpa tuya –dijo Piper como si le leyera el pensamiento–. No te convenía, como demostró al ser incapaz de enfrentarse a lo sucedido.

–Lo intentó, Piper. Pero yo estaba fatal.

–No lo intentó lo suficiente, lo que le convierte en un estúpido.

–Se sentía culpable por no haberme seguido ese día y haberme salvado.

–Deja de justificarlo, Sunny. Te atacaron y secuestraron brutalmente, y de eso uno no se recupera en unos días. Si a mí me hubiera pasado lo mismo, sé que Adan habría estado a mi lado.

–No le habrás hablado del ataque a Adan, ¿verdad?

–No. Cree que has venido a causa de la ruptura con Cameron. No me gusta ocultarle nada, pero te prometí que no se lo contaría.

–Gracias. La cadena de televisión decidió mantenerlo en secreto.

–¿Por qué? ¿Creen que vas a denunciarlos?

–No, lo han hecho por respeto a mi intimidad. Saben que si sale a la luz, yo seré la noticia, en vez de quien la cubre. No dejo de repetirme que sabíamos en lo que nos metíamos, en lo que llevábamos metidos los últimos tres años. La codicia produce criminales, pero uno no sabe en qué medida hasta que se encuentra con ellos en una calle oscura. Y en un momento de descuido, te cambia la perspectiva vital al enfrentarte a una muerte posible.

Piper la abrazó.

–Espero que, cuando vuelvas a trabajar, consideres la posibilidad de quedarte en Estados Unidos.

Sunny ya lo había pensado y lo había descartado, pero no se lo dijo a su hermana.

–Dependerá de la televisión, suponiendo que quieran que siga allí después de un permiso de dos meses.

–En la televisión te adoran, Sunny. Seguro que te recibirán con los brazos abiertos. ¿Sigues teniendo el piso de Atlanta?

–La abuela me convenció de que lo dejara al vencer el alquiler mientras pasaba un tiempo con el abuelo y con ella. Mis cosas están en un guardamuebles de Charleston. Si decido trabajar únicamente en Estados Unidos, volveré a Atlanta.

–Eso espero, porque así no tendría que preocuparme de que estés esquivando serpientes venenosas en algún bosque tropical.

Sunny bostezó y su hermana se levantó sonriéndole.

–Parece que tienes sueño atrasado. Puedes echarte una larga siesta.

Como si fuera así de sencillo. Le costaba conciliar el sueño, que siempre estaba poblado de pesadillas.

–Me parece bien, pero no falta tanto para la hora de dormir.
–Es cierto. No dudes en usar la bañera gigante antes de la cena.
Sunny se puso de pie y se estiró.
–¿Con quién cenaremos?
–Con todo el mundo. Con mi esposo, desde luego; con Zain; Madison y sus hijos, que acaban de volver de Los Ángeles; con le rey Rafik y la reina Maysa, que está embarazadísima; y con un primo, Rayad Rostam, que llegó hace dos días.
Por fin: el hombre misterioso había dejado de serlo.
–¿Qué relación tiene con los Mehdi, ya que no lleva su apellido?
–Su padre y la reina anterior eran hermanos, creo, pero no sé mucho más. Llevo tres días sin poder hablar con mi esposo debido a una misión secreta. Pero esta noche te presentaré a Rayad para que puedas interrogarle.
–Lo conocí en el vestíbulo mientras te esperaba. Pero apenas habló.
–Es guapísimo, ¿verdad? –apuntó Piper con una sonrisa.
Por desgracia lo era.
–No me he fijado, y tú tampoco debieras hacerlo, ya que eres una mujer casada.
–Pero no estoy ciega, ni tú tampoco.
–Vale, es guapísimo. ¿Contenta?
–Tal vez debieras conocerlo mejor mientras estás aquí. Creo que no tiene pareja.
–Para. No estoy buscando a un hombre, si es lo que crees.
–Pensaba que podrías hallar un entretenimiento después de ese idiota que te dejó plantada.
–Es muy pronto, Piper. Cameron y yo no llevamos tanto tiempo separados.
Y las heridas internas producidas por el ataque tenían que cicatrizar, heridas de las que aún no había hablado a su hermana.
–Tú misma me habías dicho que lo querías, pero que no estabas enamorada de él. Tal vez haya llegado el momento de que vuelvas al mundo de los vivos –añadió su hermana mirándola compasiva–. No digo que te acuestes con Rayad, sino que emplees tus habilidades para ver cómo es y dejes todas las opciones abiertas. Un reto que te aleje de las preocupaciones. Y mira si tienes suerte, que se aloja en la habitación de al lado.
Sunny se quedó desconcertada.
–¿No tiene casa propia?
–Como es tan rico como el resto de la familia, supongo que la tendrá. Pero Maysa me ha dicho que ha insistido en quedarse aquí mientras se recupera de una herida causada en un incidente.
–¿Dónde está herido?
–No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas? Mejor aún, ¿por qué no le pides que te la enseñe?
–No me interesa. Además, no me atraen los tipos fuertes, callados y muy machos.
Piper soltó una carcajada.

–No vayas a hacer algo estúpido, como tratar de liarme con ese hombre –le advirtió Sunny, irritada porque su hermana tenía razón.

–Te prometo que no voy a hacer de cupido, aunque Madison me ha dicho que Rayad es un buen tipo. Piénsalo hasta la hora de la cena.

Después de que Piper se hubiera marchado, Sunny se sentó en la cama. Ya había supuesto que Rayad Rostam era un militar cargado de testosterona. Pero su curiosidad natural la empujaba a querer saber más. Quería investigarlo. Un hombre viril como Rayad no querría estar con la mujer temerosa e introvertida en que se había convertido.

¿Que Rayad Rostam era un buen tipo? Sunny tenía sus dudas al respecto.

Capítulo Dos

A Rayad Rostam no parecía importarle tener a una niña en el regazo.

Sentada frente a él a la mesa de la cena, Sunny llevaba diez minutos observando su notable paciencia con Cala, la hija de dos años del príncipe Zain Mehdi y de su esposa, Madison. Al paciente jeque no parecía importarle que la niña le hubiera manchado la camiseta de migas de galletas saladas ni que le pellizcara los labios. Se limitaba a apretarlos y a retirarle la mano con suavidad, para después besarle la palma.

De todos modos, a Sunny no le habían pasado desapercibidas las miradas furtivas que él le había dirigido durante la cena. Por suerte, nadie más parecía haberlo notado.

Cuando Cala comenzó a retorcerse en su regazo, él se llevó la mano al costado derecho con un gesto de dolor. La herida de la que Piper le había hablado a Sunny parecía afectarle las costillas. Otro misterio resuelto.

Los efectos del desfase horario hicieron que Sunny decidiera dejar para más adelante la respuesta del resto de interrogantes sobre el jeque. Así que, cuando los reyes se levantaron para marcharse, al igual que Zain, Madison y sus hijos, vio la oportunidad de marcharse también ella.

Se levantó y miró a Piper, sentada al lado del silencioso Rayad.

–La cena estaba deliciosa, pero debo retirarme porque voy a quedarme dormida sobre el postre.

Piper sacó a su hijo Sam de la trona.

–Da las buenas noches a tu tía, cariño.

–Espero que estés a gusto en tu habitación –apuntó Adan.

–Muy a gusto –afirmó Sunny mientras besaba a su sobrino–. Estoy segura de que dormiré bien después de dar mi paseo nocturno. ¿Adónde me sugerís que vaya?

–Cuando salgas –le explicó Adan–, gira a la derecha y hallarás la entrada del jardín.

–Pero ten cuidado –intervino Piper–, porque aquello es un laberinto. Llévate un trozo de pan y ve dejando migas, por si acaso.

–Tengo muy buen sentido de la orientación, no os preocupéis.

Después de dar las buenas noches, Sunny salió e inmediatamente encontró las puertas del enorme jardín. Guiándose por la luna, siguió los laberínticos senderos de piedra. Al llegar a un muro, se detuvo a contemplar las luces del valle. Una cálida brisa le alborotó el cabello. Miró el cielo estrellado sintiéndose serena por primera vez en mucho tiempo.

–¿Se ha perdido?

Por segunda vez aquel día, el corazón le dio un vuelco. Se dio la vuelta. Él estaba en la sombra.

–No me he perdido. ¿Siente usted la imperiosa necesidad de

sobresaltarme?

–No, simplemente me preocupa su bienestar.

–Mire, señor… jeque.

Él dio un paso hacia ella.

–Puede llamarme Rayad.

–Mira, Rayad, he llegado a los lugares más remotos del mundo y recorrido terrenos muy traicioneros. Puedo apañármelas en un jardín.

–Un jardín donde viven insectos y serpientes venenosas.

Las serpientes eran su mayor miedo; mejor dicho, su segundo mayor miedo.

–¿De verdad que hay serpientes?

–Sí.

Ella trató de ocultar su inquietud.

–Yo no he visto ninguna –prosiguió él–. Pero he venido para asegurarme de que vuelvas sana y salva.

Aquella era una oportunidad para conocerse, pero él la había estropeado con su actitud machista.

–No todas las mujeres necesitan protección, jeque. Buenas noches.

Sunny pasó a su lado y se detuvo a contemplar los cuatro senderos posibles. Eligió el de la derecha.

–Vas en dirección equivocada.

Ella lo miró molesta.

–Estoy segura de que cualquier sendero acaba llevando al palacio.

–No necesariamente –apuntó él aproximándose–. Si sigues por aquí llegarás al camino que lleva al pueblo. Y si no tienes cuidado, te caerás por el acantilado al dar un mal paso.

Si ella rechazaba su ofrecimiento, el orgullo prevalecería sobre su seguridad, un error en el que ya había caído, con graves consecuencias. Si aceptaba su ayuda, averiguaría qué era lo que le impulsaba a buscar su compañía y evitaría matarse.

–Muy bien. Te sigo.

Rayad eligió el sendero que iba en dirección contraria y ella se puso a su lado. Mientras caminaban en silencio, Sunny repasó mentalmente una lista de preguntas y eligió la más lógica para comenzar su improvisada entrevista.

–Piper me ha dicho que acabas de sufrir un accidente durante un entrenamiento militar.

–Me he roto varias costillas.

–¿Tropezaste con algo?

–Con un puño.

Era evidente que se trataba de un hombre de pocas palabras.

–Debió de ser un duro combate cuerpo a cuerpo. ¿Tu tarea fundamental es entrenar a las tropas?

–No, trabajo en los servicios secretos.

–¿Así que eres espía?

–Eso es información confidencial.

Sunny se preguntó si alguna vez bajaba la guardia o sonreía.

–¿Cuánto llevas en ellos?

–Doce años. Entré a los veintiuno.

Iba progresando. Ya sabía su edad: era seis años mayor que ella.

–¿Estás casado?

–No.

–¿Lo has estado?

Él vaciló antes de contestar, y a ella se le ocurrió de repente que podía creer que sentía interés por él.

–Te lo pregunto porque he conocido a varios militares a los que le resulta difícil estar casados, lo cual es comprensible, ya que pasan mucho tiempo alejados de sus familias. Y eso lo relaciono con mi trabajo. Ser corresponsal en el extranjero no favorece una relación estable.

Él cortó una flor y se la ofreció.

–¿Tú has estado casada? –preguntó mientras seguían andando.

–Gracias. No, nunca.

–¿Y ahora tienes relación con alguien?

–Tuve una breve relación con un compañero de trabajo, pero hace tiempo que acabó.

–Parece que esa ruptura te ha llevado a pedir ayuda a tu hermana.

Ante semejante afirmación, Sunny pensó que sabía más de ella que ella de él.

–Así es. ¿Cómo lo has sabido?

–Me lo dijo Rafik cuando le hice preguntas sobre ti.

–¿Qué más te dijo?

–Me aconsejó que me mantuviera a distancia.

–¿En serio? –preguntó ella sorprendida. ¿Cree que tengo una enfermedad contagiosa o instintos homicidas con respecto a los hombres?

Él estuvo a punto de sonreír.

–¿Los tienes?

–No, y me cuesta trabajo creer que Rafik lo piense.

–El rey cree que eres una enorme tentación para un hombre como yo.

–Entiendo. Cree que si intentas seducirme, como soy vulnerable, no podré resistirme. Es evidente que no me conoce.

–Tal vez sea eso, pero no me parece que seas vulnerable.

El cumplido y la flor le hicieron ganar algún punto, aunque, inexplicablemente, ella se sentía indefensa ante él. El misterio y el poder que emanaban del jeque la perturbaban.

–Me alegro de que estemos de acuerdo en que no soy una belleza sureña de sonrisa tonta que necesita protección.

–No entiendo qué significa «una belleza sureña», pero me pareces una mujer muy sensual.

–¿Qué te hace pensarlo?

Él se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y no la miró directamente a los ojos.

–Te apasiona tu trabajo. Has corrido peligro muchas veces a causa de él.

Ella apartó de su mente, con esfuerzo, las imágenes terroríficas que de pronto la habían asaltado.

–¿Rafik también te ha dado detalles de a qué me dedico?

–No, he leído detenidamente la página web de tu cadena.

–¿Y eso?
Él le lanzó una rápida mirada con sus ojos oscuros.
–Me picó la curiosidad después de hablar contigo en el vestíbulo.
No podía culparlo, ya que a ella le había pasado lo mismo.
–Tal vez deba buscar información sobre ti en Internet.
–No hallarás nada.
–En ese caso, háblame de ti. Del hombre, no del militar.
Él se frotó la nuca.
–Soy hijo único de un sultán que vive en Dubái con mi madre.
–Con lo bien que has manejado a Cala esta noche, ¿no tendrás un hijo escondido en algún sitio?
–No tengo hijos.
–Entonces, tienes suerte.
Él continuó mirando el camino.
–Los hijos son un regalo –afirmó Rayad–, pero muchas veces se usan como peones en la guerra.
Lo más probable era que hubiera presenciado hechos indescriptibles en su oficio de militar. Sunny pensó que era extraño que, con su linaje real, hubiera elegido la carrera militar como forma de servir a un país que no era su patria.
–¿Cómo has acabado en Bajul?
–Adan y yo fuimos a la misma academia militar en el Reino Unido, aunque yo iba tres años por delante de él. Después de graduarme, me animó a alistarme con él en el Ejército. Mi padre me dio su bendición.
–Es evidente que no tienes acento británico, como Adan. De hecho, no tienes acento alguno, aunque hablas inglés a la perfección.
–Se me exige que sepa muchos idiomas.
–¿Cuántos?
–Diez.
–¿También pilotas aviones?
Él negó con la cabeza.
–No, trabajo en tierra.
Ella se llevó la flor a la nariz y aspiró su aroma.
–Si yo estuviera en el Ejército y pudiera elegir, aprendería a volar, sin lugar a dudas. Piper, en cambio, odia los aviones. Es una paradoja que se haya casado con un piloto.
–La razón no siempre interviene cuando se trata de las emociones.
–Como estoy segura de que no te dedicas únicamente a trabajar, ¿tienes aficiones, algo que te interese fuera del trabajo?
–Tengo debilidad por las mujeres hermosas como tú.
De haber sabido que iba a contestarle como el típico playboy, no se lo hubiera preguntado.
–No sales mucho, ¿verdad?
–No pongas en duda mi capacidad de reconocer la belleza. De todos modos, la humildad me resulta muy atractiva.
Los falsos halagos no iban a llevarlo a ninguna parte, sobre todo porque hacía tiempo que ella no se sentía atractiva.
–Pues, a mí, la arrogancia me resulta desagradable.

Por fin, el sonrió; levemente, pero fue una sonrisa.

–¿Te parezco arrogante?

–Me pareces un hombre que reparte cumplidos en provecho propio.

Al acercarse a la entrada del palacio, Rayad se detuvo bajo una de las farolas alineadas a lo largo del sendero, por lo cual Sunny pudo contemplar sus bellos rasgos a placer.

–Soy un hombre que se limita a decir la verdad.

–¿Siempre o solo cuando te resulta conveniente?

–Me veo obligado a ocultar determinada información por razones de seguridad. Pero, en lo que se refiere a la atracción que pueda sentir por una mujer, no tengo nada que ocultar, y tú me atraes enormemente.

Ella se imaginó que muchas mujeres le hubieran ofrecido lo que hubiera pedido simplemente con que les hubiera hecho una seña con el dedo o con la mirada. Pero ella no tenía esa intención, por muchos motivos.

–Explícame, por favor, cómo te puedo resultar atractiva si nos acabamos de conocer.

–A veces, la atracción es inmediata y carece de explicación.

Ella no pudo rebatirlo, ya que tenía que reconocer que Rayad también le resultaba atractivo, lo cual era peligroso.

–¿Te refieres a la atracción física?

–Ese es el cebo que anima a dos personas a explorar posibilidades.

Mientras Rayad le examinaba el rostro y se detenía en la boca, Sunny se imaginó diversas posibilidades muy tentadoras, poco recomendables e inalcanzables, debido a su pasado reciente.

Se obligó a volver a la realidad y dijo señalando las puertas del palacio:

–Ya es tarde. Lo mejor será que nos retiremos. Que duermas bien.

Él inclinó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Tú duermes bien o tienes pesadillas?

–¿Por qué iba a tenerlas?

–Sé que has presenciado matanzas en tu trabajo. Esas imágenes pueden acosarte de noche y de día.

Aliviada al darse cuenta de que Rayad no lo sabía todo sobre ella, intentó negar sus suposiciones. Pero se daba cuenta de que él era un experto en el estudio de la personalidad, por lo que se inclinó por una verdad a medias.

–Tengo pesadillas, pero no todas las noches.

–Eres afortunada.

–Supongo que lo dices por experiencia.

Él se encogió de hombros levemente.

–No soy inmune a los sueños desagradables.

–Entonces, también tú has contemplado cosas horrorosas.

–Muchas, y creo que presenciaré más.

–A riesgo de parecer idealista e ilógica, no entiendo por qué el mundo tiene que ser así.

–He visto a gente sin conciencia cometer actos indescriptibles con inocentes.

–Yo también –ella misma había sido víctima, aunque se negaba a considerarse tal–. Y eso me ha hecho replantearme mi profesión. Estoy

pensando en volver a Estados Unidos para quedarme cuando vuelva a trabajar.

–No serás feliz.

–Es una temeridad por tu parte afirmarlo.

Él la miró a los ojos.

–Conozco a los que son como tú. Vivís para la aventura y la emoción de lograr una buena historia. En tu biografía dices que has decidido pasar por alto el peligro para buscar la verdad.

–Así es, pero ya no estoy segura de pensar lo mismo.

Él la miró con sorpresa y recelo a la vez.

–¿Ha ocurrido algo que te haya hecho cambiar de actitud?

Ella se dijo que debía andar con cuidado o empezaría a confesarse.

–Supongo que estoy quemada. Y ya es hora de que me vaya a acostar. Con un poco de suerte, este paseo por el jardín plagado de serpientes me habrá fatigado lo suficiente como para quedarme dormida en seguida. Gracias por la compañía. Me ha gustado mucho.

Cuando se dio la vuelta y echó a andar, Rayad la agarró de la mano. La repentina acción hizo que ella se soltara de un tirón y se volviera hacia él.

–No voy a hacerte daño –dijo él.

–Ya lo sé, y te pido disculpas por mi forma de reaccionar. Se debe a mi trabajo. Siempre estoy en estado de alerta.

Él se acercó más a ella y se detuvo a unos centímetros. Sin previo aviso, extendió la mano y le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

–Me cautivas, Sunny, y espero tener el placer de volver a hablar contigo.

–Es una posibilidad, desde luego, pero, si no duermo un poco, la próxima vez que nos veamos no diré más que incoherencias.

Él volvió a sonreír.

–Si necesitas algo durante la noche, mi habitación está al lado de la tuya.

Eso no iba a mejorar en absoluto el insomnio que padecía.

–Gracias, pero no creo que necesite nada. Seguro que nos veremos mañana.

–Será un placer.

La forma en que dijo «placer», en un tono profundo y sensual, despertó imágenes sexuales en la confusa mente de Sunny. Y cuando se acostó, se deleitó en ellas hasta que unos recuerdos horribles vinieron a interrumpir su gozo.

Se preguntó si llegaría a superar sus miedos y a recuperar una vida normal; si conseguiría olvidar la terrible experiencia vivida; si podría volver a confiar en un hombre.

Capítulo Tres

Rayad reflexionó sobre la reacción de Sunny mientras se desvestía y se tumbaba desnudo en la cama.

Había querido besarla, y lo hubiera hecho de no haber sido por su reacción. No era que ella hubiera sentido repulsión, pero sí miedo. Lo había visto en sus ojos, en el recelo de su voz cuando él le había preguntado por la decisión de volver a su país. Solo podía especular acerca de la causa de su miedo. Estaba seguro de que Sunny no se lo contaría. En eso se parecía mucho a él: su falta de confianza en los demás hacía que se reservara la información. No obstante, había una persona que poseía las respuestas que buscaba.

Aunque lo lógico era esperar a la mañana siguiente para interrogar a Piper, su ansia de saber le hizo levantarse.

Se dirigió a la habitación, llamó a la puerta y esperó. Ya estaba a punto de abandonar cuando le abrió su primo, despeinado y en bata.

–Maldita sea, Rayad –masculló Adan–. Espero que la única excusa para presentarte aquí a media noche sea que se ha declarado la guerra.

–No estamos en guerra, pero tengo que hablar con tu esposa.

–No está presentable en estos momentos. ¿Por qué quieres hablar con ella?

–Tengo que hacerle unas preguntas sobre su hermana.

Adan lo miró con los ojos entrecerrados.

–Si estás pensando en que te dé su consentimiento para seducir a Sunny, puedes irte olvidando. Lo único que le falta es que la acoses, dadas las circunstancias.

–¿Qué circunstancias? –preguntó Rayan pensando que tal vez no necesitara hablar con Piper.

–Un canalla la ha dejado plantada y le ha partido el corazón, según mi esposa.

–¿Estás seguro de que Piper no te ha ocultado algo más?

–No tengo motivos para creerlo. ¿A qué viene todo esto? –Adan lo miró con cara de pocos amigos.

–Cuando estuve con Sunny, supuse que había alguna razón más que el final de una relación para que hubiera venido a descansar aquí.

–¿Cuándo estuviste con ella?

–Esta noche, paseando por el jardín.

–¿Y dónde acabó el paseo?

Rayad se dio cuenta de a qué se refería su primo.

–En el jardín, y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía miedo.

–¿De qué? ¿De ti?

–Sí, indirectamente. Cuando traté de tocarla.

–¿Dónde trataste de tocarla?

–En la mano.

–¿Estás seguro de que no fue más arriba?

Las preguntas de Adan resonaban en el vestíbulo, y debieron molestar a su esposa, que apareció de repente en la puerta.

–Si no bajáis la voz vais a despertar a todo el palacio, incluyendo a los niños.

Adan señaló a Rayan.

–Este canalla se ha insinuado a tu hermana.

–Es muy atractiva, cariño –respondió su esposa con sorprendente calma.

–Solo intenté tomarla de la mano, pero su reacción a tan inocente gesto me hace pensar que ha sufrido un trauma reciente –observó Rayad intentando defender su honor.

–Ya le he dicho que la ruptura con el técnico de sonido fue traumática –explicó Adan a su esposa.

–Era un cámara, Adan –apuntó Piper–. ¿A qué reacción te refieres, Rayan?

–Se sobresalta con facilidad, como si tuviera miedo.

–Es comprensible –replicó Piper bajando la vista–. Hay que tener en cuenta las situaciones por las que pasa debido a su trabajo.

El hecho de que Piper hubiera dejado de mirarlo a los ojos y el ligero temblor de su voz aumentaron las sospechas de Rayad.

–He visto esa forma de comportarse en personas que han sufrido alguna clase de violencia. Puede indicar la existencia de un trastorno de estrés postraumático.

–Probablemente, lo que indica es tu inclinación a insinuarte a mujeres que no lo desean ni se lo esperan –afirmó Adan enarcando una ceja.

–Nunca he obligado a una mujer a hacer algo que no deseara. No tienes motivos para acusarme. Hubo una época en la que tú eras mucho peor a la hora de insinuarte.

–Siempre me he comportado con nobleza con las mujeres –se defendió Adan, ofendido.

A Rayad se le estaba agotando la paciencia.

–Yo también.

–Rayad tiene razón –interrumpió Piper.

Adan la miró confundido.

–Perdona, Piper, pero no conoces lo suficiente a Rayad para emitir ese juicio.

–Tiene razón sobre Sunny. Le ocurrió algo hace dos meses. Me hizo prometer que no diría nada, pero, francamente, me preocupa mi hermana.

–¿Qué le pasó? –preguntó Rayad.

–Estaba en un pueblo de Angola. Una noche, mientras daba un paseo, la atacaron unos desconocidos, que la secuestraron durante unas horas hasta que consiguió huir.

–¿La violaron? –preguntó Adan.

–Me aseguró que no. Por suerte no sufrió heridas, pero tardó un tiempo en recuperarse emocionalmente, según ella. Yo creo que todavía no lo ha hecho.

–¿Atraparon a los asaltantes? –preguntó Rayad.

–No –respondió Piper–. Sunny me contó que allí llegan muchos viajeros en busca de diamantes, por lo que podían ser de cualquier lugar del mundo. No cree que se llegue a conocer su identidad.

–Gracias por la información, Piper –dijo Rayad. Eso explica su comportamiento. Ahora sé lo que debo hacer.

–Déjala en paz –le exigió Adan–. Ha venido a estar sola y a curarse las heridas.

Su primo no lo disuadiría de su objetivo.

–No podrá hacerlo ella sola. Yo la apoyaré mientras esté en Bajul.

–Es precisamente tu idea de lo que es apoyar lo que me preocupa.

–Tal vez la ayuda de Rayad sea lo que Sunny necesite –intervino Piper–. A mí no va a hacerme caso. Si él lo consigue, tiene mi bendición.

Adan señaló a su primo con el dedo.

–No hagas nada poco recomendable.

Rayad asintió.

–Manejaré la situación con sumo cuidado.

–Despierta, dormilona.

Sunny, asustada y desorientada, levantó de golpe la cabeza de la almohada y trató de distinguir a la persona que había ante ella. El rostro y la sonrisa familiares de su hermana la tranquilizaron y la devolvieron a la realidad, a pesar de que su repentina aparición no le produjera mucha alegría ni entendiera por qué estaba cargada con bolsas de ropa.

Sunny se levantó y lanzó un suspiro.

–Podías haber llamado a la puerta, Piper.

–He llamado dos veces. Siento haberte asustado.

–No me has asustado –dijo Sunny, aunque el ligero temblor de su voz indicaba la contrario.

–No tienes que fingir, Sunny. Sé que es difícil recuperarse después de lo que has sufrido.

Su hermana no tenía ni idea de lo que había sido.

–¿Qué hora es? ¿Has asaltado la tintorería?

Piper miró las bolsas como si se hubiera olvidado de que las llevaba.

–Son las doce, y no, no he asaltado la tintorería, sino una boutique para buscarte algo que ponerte.

–Me dijiste que metiera en la maleta lo que normalmente me llevo.

–Sí, pero esta noche vamos a acudir a un acto donde se requiere algo más formal que camisetas de algodón y pantalones.

–¿A qué acto?

Piper evitó responderle poniendo las bolsas sobre la cama y abriendo la primera de las tres que había llevado.

–Este es mi preferido –afirmó al tiempo que sacaba un vestido negro y ceñido.

Con aquel escote, Sunny pensó que no podría ponérselo, ya que debía ocultar las señales de su reciente tormento.

–Demasiado escotado, y no me has contestado.

–En realidad, no es nada especial. Una cena formal que Madison organizó hace meses. Unos cuantos dignatarios que esperan ser recibidos por el rey.
–¿Debo acudir?
–No, pero te perderás una cena deliciosa –Piper sacó otro vestido y se lo enseñó.
–¿Y este?
Sunny contempló el vestido.
–Sabes que el rojo no me sienta bien. Y ya he tomado muchas cenas deliciosas. Tráeme las sobras cuando vuelvas, o, si tengo hambre, me daré un garbeo por la cocina cuando la cena haya acabado.
–Puedes venir y marcharte pronto, si quieres –Piper sacó el último vestido–. Estoy segura de que a Rayad le gustará verte con este.
–Ese es perfecto –dijo Sunny sin querer. La sola mención del jeque había hecho que estuviera dispuesta a ir a divertirse. ¿Qué demonios le pasaba?
–Quiero decir que me lo pondré si decido ir. Me da igual que Rayad esté allí o no.
Piper suspiró.
–No seas tan terca, Sunny. Tienes que salir y conocer a gente.
–En la juventud me relacioné más que suficiente. Y, después de mi presentación en sociedad, juré no volver a ponerme un vestido de noche.
Los ojos de su hermana brillaron risueños.
–Prométeme que vendrás esta noche o colgaré en la Red fotos de aquella noche.
Sunny le arrebató el vestido.
–Muy bien. Me pondré el maldito vestido y desfilaré durante un cuarto de hora, media hora como mucho.
–Pensé que este vestido azul sería el que menos te gustaría por lo mucho que detestas los cuellos altos.
No cuando tenía que ocultar una cicatriz. No se atrevió a enseñársela a su hermana por miedo a tener que darle explicaciones que no estaba en condiciones de ofrecerle.
–Me gusta el corte. Sin mangas, de satén y sencillo, pero elegante.
–Y holgado. No podrás lucir el buen tipo que tienes, que te he envidiado desde que éramos adolescentes.
Le daba igual cómo le sentara el vestido, pero quería ver a Rayad y continuar haciéndole preguntas.
–Yo llevo años envidiándote las curvas, Piper. Además, estoy segura de que nadie se fijará en mí.
Piper soltó una carcajada.
–Sé al menos de uno que no te quitará ojo en toda la noche, como hizo ayer durante la cena.
¡Así que su hermana se había dado cuenta!
–No sé de quién me hablas.
–De Rayad. Te miraba como si quisiera comerte.
–No es verdad.
–Claro que sí. ¿No vas a probarte el vestido?
–Tengo que ducharme antes, pero estoy segura de que me estará bien.

–Tenemos que hablar de los zapatos.
–Tengo zapatos.
–¿De tacón?
–¿Qué más da? El vestido llega hasta el suelo, así que nadie me verá los pies. Pero te prometo que no me pondré deportivas ni botas de montaña.
–Podrías ponerte estos –Piper metió la mano en el bolsillo de una de las bolsas y sacó unas sandalias de tacón plateadas–. Son el toque final perfecto y te harán parecer un poco más alta, aunque, teniendo en cuenta lo que mides, no lo necesitas.
Sunny las agarró y las puso a los pies de la cama.
–Muy bien. Ya lo tengo todo. Ahora, si no te importa, voy a ducharme.
Piper recogió los otros dos vestidos y suspiró.
–Si tienes hambre, el cocinero te ha dejado preparada la comida en la cocina. Ponte algo de maquillaje esta noche, y si necesitas peinarte, Kira es una maestra.
–Me peinaré sola. Si has acabado ya de darme órdenes, vete de una vez.
Piper retrocedió hacia la puerta, sonriendo.
–Vas a dejar deslumbrado a Rayad esta noche.
Después de la ducha se fijó en el verdugón horizontal que tenía justo encima de las clavículas y se avergonzó. Le habían dicho que podría hacerse la cirugía estética, pero ella esperaba ser lo bastante valiente para mostrarla como un símbolo de honor, un recordatorio de que la vida podía acabarse en un segundo, con la pasada de una navaja.
Se puso una camiseta, unos pantalones de algodón y unas chancletas. Su siguiente paso era buscar comida.
Salió de la habitación y siguió por el pasillo hasta que, al llegar al final vio que Rayad se dirigía iba hacia ella como si lo hubiera hecho aparecer mediante un conjuro.
Él siguió andando sin verla, porque iba leyendo unos papeles. Ella pudo mirarlo a placer. Era un hombre que llamaba la atención al entrar en una habitación.
Cuando la vio, siguió andando hacia ella esbozando una leve sonrisa. Al encontrarse, él se puso los papeles bajo el brazo.
–Buenas tardes, Sunny.
El sonido de su nombre en sus labios hizo que pensara en las brisas cálidas del desierto, en él susurrándole al oído, haciéndole el amor bajo las estrellas.
–Buenas tardes, Rayad. Y antes de que me lo preguntes, sí, me he perdido. ¿Por dónde se va a la cocina?
–Sigue recto y gira a la izquierda después de pasar la escalera. Después, guíate por el olfato.
–Supongo que ya has comido.
–Sí, y también he desayunado hace varias horas.
–He dormido hasta tarde.
–Eso está bien. ¿Has descansado?
–Bastante –mintió ella–. ¿Y tú?
–No tanto como debiera, duermo poco.
–Ah…

Justo en ese momento, un hombre de pelo cano y piel dorada vestido de muselina blanca se dirigió hacia ellos a paso rápido, con una bandeja en la mano. Sunny se apartó para dejarlo pasar, pero él se detuvo y la miró antes de dirigirse a Rayad. Sunny sabía algunas palabras de árabe, pero hablaron tan deprisa que no entendió nada. Al final, Rayad gritó lo que parecía una orden.

El hombre lanzó a Sunny una mirada de disculpa, agachó la cabeza y siguió su camino.

–¿Qué ha pasado? –preguntó ella.

–Era tu comida. Le he ordenado que deje la bandeja en tu habitación después de que me preguntara si te había visto. Le he dicho que estabas frente a mí.

–Es comprensible. No me conoce.

–Ha supuesto que eras mi amante. Se ha disculpado cuando le he aclarado tu identidad. Pero he estado a punto de dejar que creyera que lo eras.

Ella apoyó un hombro en la pared mientras sentía la urgente necesidad de flirtear con él.

–Ni lo sueñes.

Él se le acercó más y clavó en ella sus ojos oscuros.

–Pues fue lo que soñé anoche.

Ella le dio un golpecito en el brazo como si fuera una quinceañera enamorada por primera vez.

–No es verdad.

–Sí lo es.

Le costaba controlarse en ese momento, porque lo que deseaba era besarlo.

–No es adecuado que soñemos el uno con el otro.

Él inclinó la cabeza y la examinó durante unos segundos.

–¿Soñaste anoche conmigo?

Ojalá hubiera sido así.

–No, pero no te ofendas. Estaba agotada y me quedé dormida nada más meterme en la cama –lo cual era una enorme mentira.

–Pues mis sueños fueron muy interesantes.

–¿En qué sentido?

Él le acarició la mejilla con un dedo, un gesto suave y casi consolador.

–En mis sueños eras muy enérgica. Supongo que lo eres en todo lo que haces.

–Antes lo era, pero no es así de un tiempo a esta parte.

–¿Se debe a que te falta seguridad a causa de la ruptura con tu amante o te ha ocurrido algo más?

Ella, sorprendida ante su intuición, estuvo a punto de confesarle todo.

–No, se debe a que…

No tenía motivo alguno para contarle nada, a pesar de que pensaba que la entendería.

–Digamos que hay cosas que suceden cuando menos te lo esperas. Cosas desagradables. Dejémoslo así.

–Si en algún momento deseas hablarme de esas cosas, será un honor

escucharte. Y no te quepa duda de que lo que me cuentes quedará entre nosotros.

–Te lo agradezco.

Él le sonrió.

–Vuelve a tu habitación antes de que se te enfríe la comida.

–Sí. Que tengas un buen día.

–¿Nos veremos esta noche en la cena?

–Sí, por desgracia. Parece que debo acudir. Pero me quedaré poco tiempo.

Él le tomó una mano y se la llevó a los labios.

–Estoy deseando que llegue el momento en que volvamos a vernos.

Rayad se alejó y Sunny se quedó muy confusa. Había comenzado a descubrir un aspecto delicado en aquel hombre duro, pero tal vez solo fuera un truco para lograr su objetivo: seducirla. Se negaba a caer en la trampa de la mujer frágil. O tal vez estuviera harta de creer en los motivos que pudiera tener un hombre. Al fin y al cabo, creía conocer bien a Cameron y se había equivocado. ¿Qué amigo verdadero, qué amante daría la espalda a alguien cuando lo necesitaba?

Si decidía volver a tener una relación seria con otro hombre, elegiría a uno que creyera en la comunicación abierta y sincera. Dudaba que Rayad fuera ese hombre, porque sospechaba que tenía muchos defectos y secretos.

Esa noche charlaría con él, se mostraría cordial e intentaría no prestar atención a sus encantos. ¿Le resultaría muy difícil?

Capítulo Cuatro

No había visto tantas cabezas girándose desde que se vio envuelta en un choque de treinta coches en Los Ángeles.

Todas las mujeres del salón, con independencia de su edad, tipo y nacionalidad, parecieron sentir de repente la presencia de aquel hombre guapísimo y bien plantado.

Cuando vio que la miraba, se negó a contarse entre sus admiradoras, aunque lo que más deseaba era acercarse a él y pedirle que se la llevara de allí. Por eso volvió a centrar su atención en Maysa Mehdi, que parecía estar a punto de dar a luz en cualquier momento.

–¿Quieres sentarte?

–Lo que quiero es dar a luz de una vez.

–Esperemos que no sea ahora mismo. ¿Cuándo sales de cuentas?

–Dentro de dos semanas. Como médico, sé que lo mejor es que el periodo de gestación llegue a su fin. Como mujer con los tobillos hinchados, mañana ya me parece demasiado tarde.

Sunny observó que detrás de Maysa se hallaba un hombre guapo y de aspecto algo fiero.

–Ya veo que Tarek Asmar sigue en la lista de invitados de todas las celebraciones reales.

–Así es. A mi esposo le ha impresionado su visión para los negocios.

–Y a esa joven parece haberle impresionado él.

Maysa volvió discretamente la cabeza para mirarla.

–Es Kira. Prácticamente dirige el palacio, ahora que Elena ha decidido jubilarse.

–Creo que te llaman –le dijo Maysa.

Ella siguió la mirada de esta hasta Rayad, que se hallaba apoyado en la pared al lardo de la puerta de entrada, rodeado de otras personas. Cuando él le hizo un gesto de que se acercara con el dedo, Sunny se llevó la mano al pecho como preguntándole si se refería a ella. Él le contestó asintiendo.

Mientras trataba de abrirse paso entre la multitud, Piper la agarró del brazo.

–¿Ya te marchas? Ni siquiera hemos cenado.

–Voy a tomar el aire. Hace calor aquí dentro.

–¿Tardarás mucho?

–Volveré antes de que sirvan el primer plato.

En cuanto llegó adonde estaba Rayad, este la tomó de la mano y se dirigieron a un rincón, lejos de la multitud.

–¿Me permites que te diga que estás muy guapa?

Ella puso los ojos en blanco.

–Te lo permito. Ya me lo han dicho.

–Hay que repetírtelo con frecuencia.
–Usted también está muy guapo, alteza.
–Prefiero que alguien con quien tengo una relación personal no me ponga ningún título.
–Muy bien, Rayad. Creo que, para ser un tipo tan machista como tú, se te dan muy bien los cumplidos.
Él la miró con ojos risueños.
–No sé si interpretar eso como un cumplido, pero gracias. Ven conmigo, tengo que mostrarte algo. Creo que te resultará interesante.
Sunny consideró todas las posibilidades. Aunque no sabía de lo que se trataba, su curiosidad innata la empujaba a aceptar. Además, así podría estar un rato con él.
–De acuerdo, el ruido que hay aquí es agobiante. Supongo que sabes que, si alguien nos ve salir juntos, los rumores se propagarán como un incendio.
–Me envidiarán por la suerte de gozar de tu compañía –afirmó él sonriendo.
–Visto así, vamos.
Mientras salían al vestíbulo, Sunny se maldijo por su debilidad con respecto a él. Hizo una lista de las razones por las que no podían mantener una relación.
Llegaron a una escalera estrecha que descendía.
–¿Lleva a los calabozos? –preguntó ella.
–No, a un sitio de gran interés histórico.
Aunque sus palabras hubieran debido tranquilizarla, lo cierto fue que, cuando comenzó a bajar con aquellos malditos tacones, empezó a respirar con dificultad a causa de la claustrofobia. Por suerte, la escalera era corta y llegó hasta el final sin incidentes. Rayad abrió una pesada puerta de madera y entraron en una gran sala llena de vitrinas que parecía la de un museo.
–¿Qué es esto?
–Objetos. La historia del pasado de Bajul.
Sunny se acercó a una vitrina y examinó los primitivos cacharros de cerámica, las piedras pulidas y los desgastados pergaminos.
–No soy historiadora, pero parecen muy antiguos.
–Lo son. La mayoría son restos excavados en el desierto, al sur de las montañas.
–Han debido tardar mucho en extraerlos.
–Bastante, pero mi esfuerzo ha merecido la pena.
Ella lo miró sorprendida.
–¿Has encontrado tú todo esto?
–Sí, en un terreno que poseo a unos ochenta kilómetros de aquí.
–Qué interesante. ¿Es una zona montañosa?
–No, es llana y el clima es mucho más seco.
–¿Prefieres el desierto?
Él se le acercó un poco.
–Sí, posee cierta magia, sobre todo por la noche.
–Sí, no hay nada como una brisa cálida en el rostro al mirar las estrellas

–afirmó ella reviviendo sus fantasías nocturnas–. Lo recuerdo de un viaje al Sáhara.

–¿Te gustaría volver a experimentarlo?

–¿El qué?

–El desierto.

–¿Ahora?

–Tal vez fuera mejor mañana.

Ella trató de controlar el entusiasmo.

–¿Iríamos en camello?

Él soltó una risa baja y sensual que tuvo el efecto en Sunny de un potente afrodisíaco.

–En un todoterreno. Podemos ir por la mañana y volver por la noche, tarde.

Aceptar era una locura.

–Puede que no resulte acertado.

Rayad la tomó de los hombros y la volvió hacia él.

–Es muy acertado. El lugar al que quiero llevarte es un refugio que cura las heridas.

Ella soltó una cínica carcajada.

–En serio, no tengo el corazón partido.

–Tal vez lo esté tu alma.

Aquella conversación carecía de sentido a no ser que…

–¿Te ha contado Piper por qué estoy aquí?

–Sí, pero no te enfades con ella.

–No tenía derecho a hablarte de… De lo que me pasó.

Él le colocó, con delicadeza, un mechón de cabello detrás de la oreja.

–Si quieres echarle la culpa a alguien, échamela a mí. Fui yo quien le pidió que me confirmara lo que sospechaba después del paseo por el jardín.

Sunny se preguntó si en realidad era tan transparente.

–No creo que te dieras cuenta de nada.

–Conozco las señales de un trauma, y las has dado varias veces, a pesar de tus intentos de ocultarlas.

Ella suspiró.

–Muy bien. Reconozco que estoy nerviosa desde el incidente, pero me recuperaré. Solo necesito algo más de tiempo.

Él enarcó una ceja.

–¿Estás segura?

–Me han dicho que los recuerdos se borran.

–Déjame ayudarte –rogó él al tiempo que la agarraba por la barbilla–. Deja que te lleve a ese refugio. Solo deseo tu compañía a cambio.

Ojalá pudiera Sunny creer que sus intenciones eran tan honorables.

–Te prometo que lo pensaré y que te daré una respuesta mañana.

–Vendrás –afirmó él con decisión.

–Pareces muy seguro.

–Te conozco mejor de lo que crees. Antes deseabas correr aventuras, pero ahora el miedo te impide conseguirlo. Deja que este viaje sea el catalizador que te haga volver a ser la que eras.

–¿De verdad te parece que es cuestión de un día?

–La fe tiene su recompensa, si estás abierta a todas las posibilidades.

Estaba abierta a muchas cosas; a un beso, por ejemplo, pero no sabía cómo reaccionaría Rayad. Por el modo en que él le miraba la boca, parecía que no tardaría en descubrirlo. Pero Rayad dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos.

–Volvamos adentro, porque lo que se me está ocurriendo podría ofenderte.

–¿Qué es?

–Deseo besarte, pero no quiero que mis deseos aumenten tu malestar.

La determinación de Sunny de ser fuerte y no sucumbir a sus encantos se evaporó. Al saber que la deseaba, se armó de valor.

–No me sentiría molesta ni, desde luego, ofendida. Pero puede que lo lamentara.

Él esbozó una media sonrisa.

–¿No confías en mi habilidad?

Lo que a ella le preocupaba era que tuviera demasiada.

–A ese respecto, confío en ti. Pero ¿cómo sé que no eres de esos que te besa y luego lo va pregonando?

Él la miró con expresión repentinamente sombría.

–Lo que haya entre nosotros quedará entre nosotros.

Sunny tenía que saber lo que se sentiría, cómo se sentiría.

–En ese caso, demuéstrame tus habilidades.

Con los brazos pegados al cuerpo, Rayad se inclinó hacia ella y apretó los labios contra los suyos. Como si se hubiera convertido en otra persona, Sunny le puso una mano en la nuca para indicarle que quería más. A lo que él respondió introduciéndole suavemente la lengua en la boca.

Decir que sabía besar era quedarse muy corto: era un experto, un prodigio. Ella quería estas más cerca de él, que la abrazara. Pero cuando lo hizo, la invadieron una serie de imágenes terroríficas que la obligaron a separarse de él.

–Lo siento mucho –murmuró jadeando.

Al ver la expresión de decepción en el rostro masculino, sintió la necesidad de explicarse.

–No es por ti. Soy yo.

Él la miró con gravedad.

–¿Qué te hicieron los secuestradores?

–No es lo que crees –pero podía haberlo sido de no haber tenido la suerte de escaparse–. Es por haber estado encerrada.

Él se frotó la nuca.

–Perdóname por haber traspasado un límite prohibido.

La sinceridad de su voz conmovió a Sunny.

–Rayad, quería que me besaras, pero tengo graves problemas debido al secuestro. Tal vez te cuente algún detalle mañana.

Él no ocultó su asombro.

–Entonces, ¿vendrás conmigo?

–De acuerdo, tú ganas. Iré.

Él se mostró satisfecho.

–Saldremos antes de amanecer para tener todo el día para disfrutarlo juntos.

–Entonces vamos a despedirnos para que pueda cenar con mi hermana y acostarme antes de lo previsto.

–Aunque me gustaría quedarme contigo un rato más, te acompañaré para que te reúnas con ella.

Cuando entraron en silencio, Rayad le agarró la mano y le besó la muñeca.

–No lamentarás la decisión de pasar el día conmigo.

Eso esperaba ella.

Por segunda vez en dos días, la querida hermana de Sunny entró en su habitación muy temprano, aunque esa vez no estaba sola, sino acompañada de su hijo dormido, que llevaba al hombro.

–Me sorprende que ya estés levantada. Estaba paseando al niño y he oído ruido aquí.

–He decidido madrugar para aprovechar el día.

Piper dejó al niño en la cama y este se metió el pulgar en la boca y siguió durmiendo.

Lo primero que pensó Sunny fue que era precioso; lo segundo, que era una enorme responsabilidad, algo que no necesitaba en aquel momento de su vida. Tal vez algún día cambiara de opinión por sí sola, sin la presión de quienes creían que ya era hora de que sentara la cabeza.

Sunny desechó los desagradables recuerdos de su última discusión con Cameron y pensó en que su hermana se daría cuenta de sus planes.

En cuanto lo pensó, Piper vio la bolsa de viaje que tenía abierta en el diván. Después miró a Sunny sorprendida.

–¿Vas a algún sitio?

Podía mentirle o podía evitar darle una respuesta clara.

–No de forma permanente, si te refieres a eso.

–¿Es por trabajo?

–No exactamente.

–¿No quieres decírmelo?

–Voy de excursión.

–¿Sola?

Sunny pasó al lado de su hermana y metió en la bolsa dos camisetas, dos pares de pantalones cortos y el bañador.

–No, con un acompañante.

–¿Lo conozco?

–Puede ser.

–Vas con Rayad, ¿verdad? –preguntó Piper en un tono más alto de lo necesario.

Sunny cerró la bolsa, la dejó en el suelo y se volvió hacia su entrometida hermana.

–Baja la voz o despertarás al niño.

–No se despertaría aunque cayera una bomba. No me has contestado.

–Como supongo que te acabarás enterando, Rayad me ha invitado a

pasar el día con él para recorrer el terreno que posee.

Piper soltó una carcajada.

–Estoy segura de que no es lo único que desea recorrer.

Diversas imágenes le invadieron la mente.

–Mira, aunque me cueste reconocerlo, tienes razón: es un buen tipo. El perfecto caballero –y un experto en besar–. Además, fuiste tú la que me animó a conocerlo.

–Es cierto, pero pensé que, si os caíais bien, comenzaríais yendo al cine o a cenar. No me esperaba que fueras a ponerte a dar vueltas con él por no sé cuánto tiempo.

–Por eso no quería decírtelo, Piper. Estás exagerando. Es una excursión de un día.

Entonces, ¿por qué has hecho esa bolsa?

Buena pregunta.

–Porque quiero estar preparada, por si acaso.

–¿Por si quiere retenerte cautiva? –nada más haberlo dicho, Piper se arrepintió–. Lo siento.

Sunny odiaba la compasión, pero tratándose de su hermana, lo dejó pasar.

–No tienes que sopesar lo que me digas, Piper. El secuestro ya pasó. Y ya que estamos hablando de eso, ¿por qué se lo contaste a Rayad?

–Porque vino a buscarme. Se había dado cuenta de que te pasaba algo. Quiere ayudarte con las secuelas.

Sunny se preguntó si la invitación de Rayad tenía más que ver con la compasión que con el deseo de estar con ella.

–Es un tipo decente, como te he dicho. Me estará esperando abajo dentro de veinte minutos. Así que, si no te importa, tengo que vestirme.

Piper recogió rápidamente a su hijo y volvió a ponérselo al hombro.

–Ten cuidado, Sunny. No me gustaría que volvieran a partirte el corazón.

–Puesto que no tengo intención alguna de que mi relación con Rayad sea otra cosa que una aventura, no debes preocuparte.

–Yo tampoco tenía la intención de enamorarme de Adan –afirmó Piper mientras se dirigía a la puerta. Al llegar se detuvo y sonrió–. Quiero un relato detallado cuando vuelvas. Que te diviertas, pero no demasiado.

Sunny volvió a abrir la bolsa y metió algunos artículos de perfumería por si se extraviaban en el desierto, lo cual era una suposición absurda, pero él había hablado de nadar, así que no era una exageración llevarlos. Además, había aprendido que no se sabía lo que el futuro podía deparar, lo cual la atraía como la miel a las moscas, al igual que la perspectiva de pasar el día con Rayad y conocerlo mejor.

La idea de la aventura la entusiasmaba. Con suerte, tendría una experiencia inolvidable con un hombre al que probablemente no olvidaría.

Capítulo Cinco

–¿Tendrías la amabilidad de decirme adónde llevas a mi cuñada?

Rayad, apoyado en la puerta del todoterreno, mantuvo la calma ante el tono irritado de Adan.

–¿Y tú tendrías la amabilidad de decirme por qué te importa?

–Es la hermana de mi esposa y merece que la traten con respeto.

Rayad comenzó a enfadarse, pero no lo dejó traslucir.

–Puedes estar seguro de que recibirá todo el respeto que se merece.

Adan lo apuntó con un dedo.

–Como se te ocurra insinuarte de forma inadecuada, tendrás que vértelas conmigo.

Como cuando eran jóvenes, a Adan le encantaba atormentar a su primo.

–¿Eso quiere decir que puedo insinuarme de forma adecuada?

Adan adoptó una expresión fiera.

–Sabes perfectamente a lo que me refiero. No te insinúes. Sunny es muy frágil.

Estaba herida, sí, pero no era frágil.

–Por si te tranquiliza, Rafik ya me advirtió que tuviera cuidado con ella cuando llegó.

–Mi hermano es un hombre sabio. Y si te desconcierta que tanto él como yo te advirtamos, no te imaginas lo que puede hacerte mi esposa.

–No debes preocuparte, insisto. Solo estaremos fuera hoy.

–Espero no llevar demasiado equipaje.

Sunny apareció por detrás de Rayad con una gran bolsa de viaje en los brazos.

Adan lanzó una mirada recelosa a su primo.

–¿No has dicho que vais a estar fuera solo un día?

–Así es –corroboró Sunny poniéndose colorada–. Pero yo me preparo para cualquier situación, como que el coche tenga una avería, que se produzca un terremoto, un monzón… Cosas así.

–Más vale prevenir –afirmó Rayad al tiempo que abría la puerta del copiloto y le ofrecía la mano para ayudarla a montarse–. Vámonos.

–Espero que estéis de vuelta antes del anochecer –apuntó Adan.

Rayad cerró la puerta después de que Sunny hubiera subido y se encaró a su primo.

–Ya hace tiempo que no necesito consejos paternales. Volveremos cuando me parezca oportuno.

Sin esperar respuesta, rodeó el vehículo, se subió al asiento del conductor y arrancó. Mientras aceleraba miró por el espejo retrovisor: Adan seguía en el porche del palacio como si fuera a salir corriendo tras ellos en bata.

–Buen coche –dijo Sunny mientras pasaba la mano sobre la consola que separaba los asientos.

El gesto, a pesar de ser totalmente inocente, hizo que Rayad se removiera en el asiento debido a la tirantez que sintió en la entrepierna.

–¿Es del Ejército?

–No, es mío.

–¡Qué suerte! Mi coche no es tan bueno, pero no conduzco mucho.

En silencio, Rayad se concentró en conducir por el empinado descenso que los alejaba del palacio. Sunny suspiró y, al mirarla, vio que se tapaba la boca para ocultar un bostezo.

–Estás cansada.

–Me he levantado muy temprano y me acosté después de medianoche. Tengo un poco de sueño, pero me espabilaré en cuanto lleguemos adonde vamos.

Él decidió prepararla para la primera etapa del viaje.

–En el sitio al que te llevo habrá que escalar. Te ayudaré.

–Si no es el Everest, me las arreglaré.

A él no le cabía duda alguna. Aceleró teniendo cuidado de mantenerse al lado del acantilado por el que ascendían.

–¿Tienes que ir tan deprisa? –le preguntó Sunny, algo inquieta.

–Solo unos minutos más.

Transcurridos los cuales, Rayad aparcó al doblar una curva.

–Ya hemos llegado.

Se bajó y fue a abrirle la puerta a Sunny, pero ella ya había desmontado. No le dijo nada, ya que era una mujer muy independiente, una de las cualidades que admiraba en ella, a pesar de que entraba en conflicto con su instinto de protegerla.

Sunny se estiró y, al levantar los brazos, la camisa se le subió por encima de la cintura de los pantalones cortos y dejó a la vista la piel desnuda, que inmediatamente atrajo la atención de Rayad.

–¿Y ahora qué?

Él sopesó varias respuestas, pero lo que deseaba se oponía a lo que debía hacer.

–Vamos a escalar el precipicio a tu derecha.

Ella miró la superficie de roca y se volvió hacia él con una expresión de desagrado.

–Es muy empinado.

–Solo desde aquí. Cuando comencemos a subir, verás que no es tan difícil.

–Si tú lo dices… Ve tú primero y yo te seguiré.

No era lo que él había planeado, pero no iba a discutir con ella.

–Te ayudaré si lo necesitas.

–Te lo agradezco, pero he hecho bastante escalada en mi vida.

–Entonces es la hora de demostrar tu habilidad.

Ella le dedicó una sonrisa que iluminó sus ojos de color esmeralda.

–Me encantan los desafíos.

Como el cielo comenzaba a ponerse azul pálido, Rayad se percató de que tenían que darse prisa si querían contemplar la salida del sol.

–Será mejor que vayas tú delante –le dijo a Sunny mientras se acercaban a la pared de roca.
Ella lo miró con cara de pocos amigos.
–Seguro que quieres verme el trasero.
Él solo pensaba en su seguridad, pero ya que lo mencionaba…
–Quiero ir detrás por si resbalas.
–Y si lo hago, caeré sobre ti y los dos nos despeñaremos y moriremos.
–La cima no está tan alta como crees. Si nos caemos…
–¿Acabaremos con todo el cuerpo escayolado?
–No, sufriremos rasguños y probablemente nos rompamos algún hueso.
–O el cuello –Sunny se encogió de hombros–. Bueno, si quieres servirme de cojín en el caso de que me caiga, no voy a discutírtelo.
Le sonrió y comenzó a subir teniendo cuidado de dónde ponía el pie como había hecho tantas veces antes. A Rayad no le sorprendió que realmente hubiera escalado con anterioridad.
Sunny lo fascinaba. Hacía que sintiera emociones que había enterrado mucho tiempo atrás, que se volviera a sentir un hombre completo.
Ella llegó a la cima con rapidez. Desde allí se volvió hacia él y le sonrió.
–Eres más lento que una tortuga.
Él se apresuró a reunirse con ella.
–Verdaderamente eres una experta.
–He escalado en zonas muy agrestes, pero parece que tú también.
Si ella supiera dónde había estado y lo que a veces se había visto obligado a hacer, bajaría la montaña a toda velocidad y se iría corriendo al palacio.
–Así es, pero nunca con una acompañante tan hermosa.
Ella volvió a sonreír.
–No conozco a nadie que lance cumplidos con tanta facilidad.
–No dudes de mi sinceridad, Sunny, porque, como ya te he dicho, reconozco la belleza verdadera.
Dicho lo cual, la agarró por los hombros y la puso mirando al este. Las primeras luces del amanecer habían hecho su aparición por encima de las montañas tiñendo el cielo de naranja.
–Para esto hemos venido.
Rayad se quedó a su lado para contemplar su reacción a algo que para él no suponía novedad alguna. Ella, sin hablar ni moverse, vio salir el sol. Parecía totalmente ajena a lo que la rodeaba.
–Es impresionante –afirmó ella, por fin–. Ver nacer un nuevo día te hace esperar que el mundo no sea tan terrible.
–A mí también me produce mucha paz.
Ella suspiró.
–A veces es difícil conseguirla y por eso la buscamos donde podemos.
–Volverás a encontrarla, Sunny. Eres una superviviente.
–Tienes razón y, como te dije anoche, me recuperaré.
–Lo lograrás.
Ella se volvió a mirarlo. Sus ojos revelaban frustración.
–Estoy bien, en serio. Ya he superado la ruptura con mi novio.
–Me refería al secuestro.

Al sentir que se ponía tensa, Rayad supo que se escudaba en la negación como mecanismo para olvidar.

–Trato de no pensar mucho en ello para conservar la cordura.

Al advertir que necesitaba que la consolaran, él le puso la mano en la espalda y sintió alivio al ver que ella no lo rechazaba.

–Hay experiencias vitales que nos persiguen durante años, circunstancias cuyo impacto disminuye, aunque nunca se olvidan. Afortunadamente, el paso de tiempo ayuda a ponerlas en perspectiva.

–¿Qué es lo que te acosa a ti, Rayad?

Le contestó con una verdad a medias.

–Soy militar, lo que a veces implica presenciar hechos repugnantes. Por desgracia, no puedo darte detalles –tampoco iba a contarle su tragedia personal.

–Entiendo –dijo ella. Al cabo de unos segundos de silencio, le preguntó–: ¿Es aquella montaña la que hace tener hijos?

Él sonrió.

–Sí. Según la leyenda, tiene el poder de hacer que las mujeres sean fértiles en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

–No digo que me lo crea pero ¿te importaría mantenerte alejado de mí, por si acaso? –le pidió ella con una sonrisa coqueta.

–No creo que los poderes de la montaña me permitan dejarte encinta simplemente por tocarte la mano.

–Eso sería un milagro.

–Y eliminaría el placer del proceso de procrear.

Ella se sonrojó levemente al tiempo que bajaba la vista.

–Es verdad. Pero el proceso no tiene por qué ser solo con vistas a la procreación, ¿verdad?

–No.

Si la conversación seguía por aquellos derroteros, Sunny acabaría por iniciar el proceso.

Como no decía nada, Rayad pensó que le debía una disculpa.

–Siento haberte molestado al hablar de la procreación.

–No me has molestado. De hecho, por primera vez en mucho tiempo, comienzo a sentirme yo misma. Creo que el beso de anoche ha contribuido a ello.

Él la agarró de la barbilla y la obligó a mirarlo.

–Créeme, no voy a hacer nada que te incomode.

–Lo sé, ya que, en caso contrario, no estaría aquí. Pero hay algo que puedes hacer por mí.

–Lo que quieras.

–Dame los buenos días con un beso.

Él se debatió entre lo que deseaba y lo que ella necesitaba. Pensó en lo que debía hacer para ganarse su confianza y guiarla para salir de la crisis. Pero rechazar a una mujer que le pedía que la besara no era propio de él. De todos modos, se juró que iría con cuidado, por lo que le depositó un casto besó en los labios a Sunny.

Ella no pareció muy contenta.

–Muy dulce. No era lo que estaba pensando, pero muy agradable.

Él le puso la mano en la mejilla.
–Si te hubiera besado como deseo, nos pasaríamos todo el día en la cima de esta montaña, lo cual sería muy placentero, pero tenemos que continuar antes de que lleguen las tormentas.
Sunny miró el cielo.
–No veo una sola nube.
–El diluvio se aproxima. Pero no lloverá adonde te voy a llevar.
Era un destino al que no había llevado a ninguna mujer desde que… Apartó la amarga realidad de su mente y se centró en su acompañante.
–¿No puedes darme una pista, aunque sea pequeña, de adónde me llevas, aparte de al terreno que posees?
–Pronto lo verás. Lo único que puedo decirte es que no se parece a nada que hayas visto.
–He estado en muchos sitios.
–Confía en mí.
–Eso está por ver.

***

Rayad había hablado en serio al decir que no llovería. Sunny llevaba veinte minutos sin ver ni rastro de agua. El paisaje se había convertido en desierto. No había poblaciones a la vista, solo arena. Y cuanto más se adentraban en la ruta que seguían, más desolado se volvía el entorno.
Miró a Rayad. Tenía un perfil perfecto y la camiseta verde oscuro que llevaba le sentaba de maravilla. Incluso le miró a hurtadillas las piernas, muy masculinas, que dejaban al aire los pantalones cortos y las botas de montaña. También sopesó la posibilidad de que la besara de verdad en algún momento del día. Aunque no consiguiera nada más, Sunny estaba dispuesta a convencerlo de que no era una mujer destrozada. Y aunque todavía siguiera sufriendo, sentía que se estaba recuperando gracias a él.
–¿Dónde empieza exactamente el terreno que posees? –preguntó.
–Entramos en él hace unos treinta kilómetros.
–¡Vaya! ¡Parece que eres dueño de medio Bajul!
–Ni por asomo.
–¿Cómo has conseguido arrebatárselo a la familia real?
–Una parte me la dejó en herencia mi tía. El resto lo he comprado, ya que es una zona que no está previsto que se desarrolle.
–Es comprensible, ya que a la mayoría de la gente no le gusta vivir en mitad de la nada.
–Yo no soy como ellos.
–¿Por eso no te has construido un palacio aquí?
–No me hace falta un palacio –dijo él con toda seriedad–. Me paso la mayor parte del tiempo viajando.
–Supongo que tampoco necesitas esposa e hijos.
–De momento, no.
Ella hubiera jurado que en su voz había cierta nostalgia.
–¿Cuánto falta para llegar?
Justo entonces, Rayad giró bruscamente a la derecha y se detuvo frente

a la entrada de una especie de fortaleza, rematada por alambre de espino. Levantó la consola y sacó un mando a distancia que dirigió a la pesada puerta de acero, la cual se abrió para permitirles el paso.

A Sunny le pareció que entraba en una prisión, y eso le despertó recuerdos no deseados.

–¿Qué es esto? ¿Una especie de recinto militar?

–Enseguida lo verás –afirmó él mientras arrancaba de nuevo.

–Me muero de ganas.

Tomaron un estrecho camino de tierra entre dos grandes formaciones rocosas. Cuando el camino se ensanchó, Rayad detuvo el vehículo y apagó el motor.

–Antes de que entremos, debes prometerme que no le hablarás a nadie de este sitio.

Sunny miró a su alrededor sin hallar nada que se asemejara ni remotamente a un edificio.

–No veo ningún «sitio».

–Prométemelo.

–De acuerdo. No diré nada, como cuando protejo una fuente de información. Pero si quieres que suba por esa pared, no estoy equipada.

–Aquí no hay que escalar –dijo Rayad al tiempo que abría la puerta del coche–. Ven conmigo.

Mientras Rayad iba al portaequipajes y sacaba lo que parecía una nevera portátil, Sunny se volvió hacia el asiento trasero para agarrar la bolsa de viaje. Se bajó del coche y, confusa, siguió a Rayad, que se había detenido frente a la roca. Su confusión se transformó en curiosidad al ver que él dejaba la nevera y abría un panel oculto en la roca, en cuyo interior había un teclado. Pulsó diversas teclas y la roca se abrió.

Decididamente, aquello era propio de una película de espías.

Rayad se hizo a un lado para dejarla pasar. Había unas estrechas escaleras que descendían hacia la oscuridad. El corazón a Sunny comenzó a latirle aceleradamente cuando comprobó la estrechez de las paredes.

–¿En serio quieres que baje por ahí?

–Te prometo que es seguro.

Ella se echó la bolsa al hombro.

–¿No hay murciélagos?

–No, ni tampoco serpientes.

–Menos mal.

Rayad volvió a dejar la nevera en el suelo, agarró una antorcha que había en la pared, se sacó un mechero del bolsillo, la encendió y con ella encendió dos apliques que había a ambos lados de la escalera. Después apretó un botón que había a su izquierda y cerró la puerta de entrada.

–Sígueme y mira donde pisas.

Rayad no debía preocuparse por eso: ella estaba dispuesta a tardar el día entero en bajar si hacía falta. Según descendían, él fue encendiendo otros apliques. Ella sintió frío. Olía a tierra. Aquello parecía un descenso a los infiernos.

Experimentó un gran alivio cuando llegaron al final de las escaleras. Soltó el aire muy despacio al poner los pies en el suelo de tierra.

Rayad dio a un interruptor que encendió varias luces en el techo. Frente a ellos había un largo pasillo.

–Hay un generador que produce electricidad, pero procuro usarlo lo menos posible –explicó él.

Sunny observó la habitación que había a la derecha, donde no había muebles, sino un montón de aparatos electrónicos.

–¿Qué es esto?

–El medio para comunicarme con el exterior.

Ella comenzó a darse cuenta de dónde estaban.

–¿Es una instalación militar clandestina?

–Por decirlo así. Es un búnker natural al que vendría la familia real en caso de que el país sufriera un ataque. Lo descubrí hace años. He pasado mucho tiempo explorando los alrededores y transformando las cuevas naturales en recintos habitables. Vengo aquí cuando no estoy de servicio.

–Así que también es tu escondite.

–Pudiera considerarse así.

Ella se preguntó de qué se escondía. Ya le había dicho que trabajaba en los servicios secretos del Ejército, pero le pareció que había algo más.

–¿Esto es todo lo que hay?

–No, voy a enseñarte el resto.

Empezaron por una habitación con literas y una letrina.

–Esto es enorme. ¿Duermes aquí? –preguntó ella.

–Tengo mis aposentos privados, que enseguida verás. Puedes dejar la bolsa aquí.

Ella la dejó al lado de la puerta.

Siguieron hasta llegar a un almacén con filas de estantes donde había raciones de alimentos envasados para soldados.

–Supongo que no tienes nevera.

Él dejó el portátil en una esquina.

–No, pero, como la cueva es muy fresca, la fruta que encargo que me traigan no se me estropea.

–¿Hasta aquí te la traen? Te debe de costar un riñón. ¿Has traído fruta?

–Sí, y otras cosas. Si necesitamos algo más, hay pueblos no lejos de aquí.

–Como solo vamos a quedarnos hoy, estoy segura de que tendremos de sobra.

–Puede ser. Sigamos con la visita.

El pasillo acabó unos metros más allá, frente a otra pared de piedra. Sunny supuso que la visita había terminado, pero Rayad abrió un nuevo panel con otro teclado como el de la entrada.

–Lo que has visto hasta ahora se ha concebido por motivos de seguridad. Lo que vas a ver ahora está destinado al placer.

Marcó otros números y las paredes se abrieron como las aguas del mar Rojo. La vista de lo que había en el interior dejó sin respiración a Sunny. El sitio era inmenso, una cueva del tamaño de un palacio que se podía describir como una maravilla natural y fantástica. Del techo colgaban estalactitas y del suelo surgían estalagmitas. En mitad de la cueva había un lago de aguas caribeñas en el que se reflejaba la luz que procedía de una abertura circular en el techo.

Pasaron unos segundos hasta que ella se recuperó de su asombro y fue capaz de hablar.

–Es increíble. Me recuerda la gruta Jeita del Líbano.

–Sí, pero no es tan grande como esta ni, prácticamente, está hollada por el hombre.

A Sunny le era imposible apartar la vista del lago.

–Es un verdadero oasis. ¿De dónde procede el agua?

–De un acuífero que se alimenta del agua de las montañas. Es otro de los secretos ocultos de Bajul.

Sorprendente.

–Hay escasez de agua en la región –afirmó ella.

–Por eso, Zain ha comenzado el proyecto de conservación. Al final, el país acabará exportando agua, lo que asegurará su futuro, además de salvar vidas –se alejó unos pasos de ella y añadió–: ¿No quieres ver mis aposentos?

Sunny se dio la vuelta.

–Desde luego.

–Entonces, mira detrás de mí, a mi izquierda.

Solo en aquel momento se percató ella de un saliente de la roca en el que había una cama enorme con dosel, cubierta con una colcha de seda azul. Un lecho digno de un príncipe.

–Es increíble. ¿Tienes también cuarto de baño? ¿Tal vez una ducha y una bañera con hidromasaje?

Él sonrió.

–¿Quién los necesita teniendo el lago?

–¿Te lavas allí?

–A veces lo he hecho.

Sunny se imaginó su cuerpo, masculino y musculoso, mojado y resbaladizo por el jabón.

–Así que eres un moderno hombre de las cavernas.

Él soltó una carcajada que resonó en las paredes de la cueva.

–Supongo que sí.

–Pues me parece bien, con tal de que no me pegues con un palo y me arrastres de los cabellos.

El rostro de Rayad se ensombreció.

–Nunca haría eso.

–Es broma.

–Te pido disculpas, pero no me resulta gracioso el maltrato femenino.

Era evidente que no tenía sentido del humor. Aunque Sunny sospechaba que existía una historia que justificaba su actitud.

–Me parece muy bien. Y, en caso de que no te lo haya dicho, me siento a salvo contigo.

Rayad la sorprendió abrazándola levemente y acariciándole suavemente la espalda de arriba abajo. Ella no se resistió, lo que demostraba cuánto había aumentado su confianza en él.

Unos segundos después, Rayad le tomó la cara entre las manos y la besó en la frente.

–Tu confianza significa mucho para mí.

Ella sonrió.

–Me alegro. Y ahora que estamos así, ¿qué viene después?

–Todavía tenemos mucho que explorar –afirmó él sin soltarla.

–¿Ah, sí? ¿Y qué vamos a explorar?

–La cueva, por supuesto.

–Qué pena –exclamó ella al tiempo que se sonrojaba por su espontáneo comentario–. Quiero decir que tengo hambre.

Él le acarició la mejilla con los nudillos.

–Acabaremos enseguida y comeremos.

–Espero que no sea lo que hemos visto en el almacén.

–No, he traído algo especial del palacio –la miró a los ojos–. Me alegro mucho de que estés aquí.

–Yo también.

Y era cierto. Y tenía la esperanza de que siguiera siéndolo al final del día.

Capítulo Seis

Rayad había recorrido los túneles muchas veces, pero ver la cueva con Sunny le pareció una nueva experiencia. En los lugares estrechos, ella lo rozaba sin querer, lo cual despertaba sus instintos y sus fantasías.

Incluso en aquel momento, en que él iba detrás de ella, contemplar el suave balanceo de sus caderas hacía que la deseara. Se la imaginó desnuda, con las piernas entrelazadas en su cintura. Quería saber cómo sería el tacto de su piel desnuda, cómo se sentiría ella al penetrarla profundamente.

Desechó las imágenes y recordó la promesa que se había hecho de ir despacio. Debía aceptar la posibilidad de que de su deseo de ella no se viera satisfecho.

–¿Adónde voy? –preguntó ella al llegar a una encrucijada.

–A la derecha.

Cuando acabó el túnel, se volvió y le sonrió.

–Hemos vuelto al punto de partida.

–Así es.

–¿Podemos comer ya? Estoy hambrienta.

Él también, pero no solo de alimentos.

–Supongo que algo habrá para ti.

–Pues muchas gracias.

–Ven conmigo y traeremos la comida.

–Con mucho gusto.

Rodearon el lago y cruzaron un puentecito de madera que Rayad había construido con sus propias manos. Cuando llegaron a su dormitorio, él le dijo:

–Espérame aquí. Vuelvo enseguida.

Rayad fue al almacén a recoger la nevera portátil. Después volvió junto a Sunny y le indicó con la cabeza los dos cojines que había cerca de la cama.

–Nos sentaremos ahí a comer.

Sunny se sentó en uno de ellos y cruzó las piernas.

–¿Cuál es el menú?

Rayad, después de sentarse en el otro cojín frente a ella, abrió la nevera, sacó una fuente y la colocó entre ambos.

–Es la especialidad del cocinero de palacio: *shawarma* en pan de pita coronado por humus y aceitunas.

Sunny agarró un sándwich, lo examinó brevemente y le dio un mordisco.

–Está delicioso. Y me muero de ganas de probar los dátiles y el queso.

Rayad pensó que tendría que tirarse al lago si seguía observando la boca

de Sunny mientras comía e imaginándose lo que sentiría si la tuviera sobre su piel. Le pasó una botella de agua, un platito de plata y una servilleta.

–Come todo lo que quieras. Hay otra fuente para la cena.

Ella dejó de comer y frunció el ceño.

–Creía que íbamos a volver antes de la cena.

–Había pensado que cenáramos aquí, bajo las estrellas.

Ella reflexionó durante unos segundos antes de decir:

–Parece tentador, siempre que me devuelvas a casa antes de la media noche, por si me convierto en calabaza.

–¿En calabaza?

Ella dejó el sándwich en el plato y se limpió la boca.

–¿No conoces el cuento? El hada madrina, el bello príncipe, la joven con malvadas hermanastras… Da igual. Se me olvida que procedemos de culturas distintas.

–Conozco el cuento, pero, si no recuerdo mal, el vestido de la joven se convierte en harapos a medianoche. No recuerdo que ella se transformara en calabaza.

Su carcajada produjo una gran alegría a Rayad.

–Interpretas los cuentos de forma literal.

–¿Crees en los cuentos de hadas?

–Si te refieres a lo de vivir felices y comer perdices, no lo tengo claro. Mis abuelos llevan casados más de medio siglo y parece que se siguen queriendo. Pero por la vida de mi madre han pasado muchos hombres, por lo que es evidente que no ha encontrado lo que buscaba en una relación.

–¿Y tu padre?

La expresión de Sunny se volvió hosca.

–No sé quién es. Hace unos años lo investigué, pero, ante las posibilidades que encontré, abandoné la búsqueda. Hay cosas que es mejor dejarlas como están.

Él estuvo de acuerdo al pensar en su propio pasado.

–Mis padres llevan casados más de treinta años, aunque su matrimonio fue concertado. Sin embargo, parece que hay verdadero afecto entre ellos.

–El afecto no es lo mismo que el amor. Si pienso en Piper, espero que el amor eterno exista. Pero, desde luego, no busco un príncipe azul que me rescate.

–No me parece que necesites que te rescaten.

–¿Estás seguro de que todo esto no va en esa línea? ¿El noble jeque que trata de salvarme?

Sería un estúpido si creyera que podía salvarla cuando, años atrás, no había podido salvar a otra mujer. Pero necesitaba intentarlo para expiar sus faltas.

–Soy un hombre corriente que está en compañía de una mujer extraordinaria que necesita un respiro.

–No eres un hombre corriente en absoluto, y yo no soy especial. Pero te agradezco el cumplido y que te preocupe mi bienestar.

Él le acarició la mejilla.

–Como ya te he dicho, me gustan las mujeres bellas cuya humildad les impide darse cuenta de su verdadera valía. Sin embargo, la belleza no solo

consiste en los rasgos físicos, sino que en ella también interviene el alma, aunque se halle herida. Puede que la tuya lo esté, pero no por eso resultas menos atractiva.

–Preferiría hablar de algo más agradable.

Él esperaba que en algún momento ella le contara su experiencia. Como no iba a ser en breve plazo, decidió hacer algo que no implicaba conversar.

–¿Quieres bañarte?

Ella apartó la vista.

–No sé si estoy preparada.

¿No te has traído el traje de baño?

–Sí, lo he traído –afirmó ella volviendo a mirarlo–. Pero también tengo un recuerdo de mi reciente experiencia, una fea cicatriz.

–Enséñamela.

–Tal vez después.

Para animarla, Rayad se quitó la camiseta y la echó a un lado. Sus cicatrices quedaron a la vista.

–Esta me la hicieron hace seis años –afirmó señalando la línea irregular del costado izquierdo–. El cardenal de la derecha es por las costillas rotas. En la espalda tengo cicatrices de latigazos, cortesía de un insurgente homicida que me capturó y trató de sacarme información.

Ella lo miró con los ojos como platos.

–¿Cómo te escapaste?

–Quien me capturó cometió el error de desatarme las manos para trasladarme a otra habitación. Gracias a ello, le rompí la mandíbula y pude huir sin que nadie me viera.

–Yo también sé lo que es luchar por la propia libertad –afirmó ella con voz temerosa.

–Cada cicatriz que ganamos a lo largo de la vida tiene su historia, Sunny. Cada herida indica un desafío que hemos superado. Si no quieres enseñarme la cicatriz, al menos te ruego que me cuentes lo que pasó.

Ella inspiró profundamente y dejó salir el aire con lentitud.

–Si lo hago, ¿me prometes que no le contarás los detalles a Piper?

Rayad se inquietó ante la posibilidad de que fueran peores de lo que se había imaginado.

–Como ya te he dicho, lo que nos contemos quedará entre nosotros.

–Trataré de ser breve.

–Tómate el tiempo que necesites.

Al cabo de un largo silencio, cuando él creía que se había echado atrás, Sunny comenzó a hablar.

–Estábamos en un pueblecito de Angola cubriendo la historia de un grupo de cooperantes. Al llegar ya sabíamos que la zona era peligrosa porque el comercio de diamantes atraía a individuos indeseables. Hasta la noche en que ocurrió todo no supe lo peligrosos que eran.

Al ver que ella vacilaba, él la tomó de las manos.

–¿Crees que quienes te atacaron formaban parte de ese grupo?

Ella negó con la cabeza.

–No lo sé. No los vi. Hablaban mal inglés, con acento español. Pero no

era ese su idioma, ya que yo sé español.

–¿Cómo te topaste con ellos?

Ella se removió, incómoda, en el cojín.

–Cameron y yo estábamos en un pequeño bungaló en el centro del pueblo. Habíamos discutido sobre nuestro futuro. Él quería volver a Estados Unidos y sentar la cabeza, casarse y tener hijos; yo no estaba preparada, y él lo sabía, pero no dejaba de presionarme.

»Cuando le dije que sería mejor que nos separáramos, puesto que no deseábamos lo mismo, me exigió que me fuera y que buscara otro sitio para pasar la noche, ya que no quería estar un minuto más conmigo. Decidí dar un paseo hasta que se calmara.

–No hubiera debido dejarte ir. Hubiera debido ser él quien se marchara.

Ella suspiró.

–Ahora se da cuenta y se siente muy culpable.

–No es para menos. ¿Qué sucedió mientras paseabas?

Como si fuera incapaz de soportar su contacto físico, Sunny se soltó de sus manos y agarró el cojín.

–Estaba enfadada, así que no me di cuenta de por dónde iba. Pasé por un callejón y me tendieron una emboscada. Alguien me tiró al suelo y me amordazó antes de que pudiera gritar. Me pusieron una venda en los ojos antes de ver nada, pero sé que eran dos. Uno me sujetó y el otro me ató.

»Me llevaron a una casa, aunque entonces no sabía lo que era. Me metieron en un sitio estrecho, tal vez fuera un armario. Oía una puerta cerrarse, pero no veía nada. Apenas podía respirar, debido a la mordaza. Me sentía como si me hubieran enterrado viva.

–Por eso tienes miedo a los espacios cerrados.

–Sí –prosiguió ella–. De vez en cuando me daban un respiro, cuando me sacaban de un tirón, me sentaban en una silla y me abofeteaban por razones que ignoro, salvo la de ser periodista americana, supongo.

Rayad sintió náuseas al imaginarse a alguien pegándola. Tenía que hacerle una pregunta, cuya respuesta podía cambiarlo todo. Ya se la había hecho a Piper, pero no se fiaba de la respuesta que le había dado.

–Perdona la pregunta, pero ¿te asaltaron sexualmente?

Ella soltó una carcajada carente de toda alegría.

–Uno lo intentó. Entró en el armario, cerró la puerta y me agarró. Me susurró cosas al oído que no entendí, pero me imaginé lo que significaban. Sigo recordando su olor, a sudor y a alcohol, al agarrarme y rasgarme la ropa. Intento no pensar en ello. Hay más –afirmó, como si librarse de aquel peso se hubiera convertido en una necesidad–. La segunda vez que vino, lo intentó con más fuerza. Fue entonces cuando me di cuenta de que era cuestión de tiempo que… que sucediera. Y creí que después me matarían. En aquel momento supe que tenía que hallar el modo de huir.

–¿Luchaste con él?

Ella sonrió levemente.

–No. Cuando me arrancó la mordaza supe lo que sucedería si no me libraba de él. Comencé a eructar y, cuando trató de besarme, le dije que iba a vomitar, lo cual no estaba lejos de la verdad. Le dije que necesitaba tomar el aire o ir al servicio. Me sacó del armario tirándome de las

muñecas, me incorporó y dio una orden a su compañero. A continuación me arrastraron a algún sitio. Al sentir la brisa supe que estaba al aire libre, pero estaba aterrorizada ante lo que sucedería después.

–Es evidente que te escapaste o no estarías aquí –apuntó él tras un prolongado silencio.

Ella inspiró profundamente antes de continuar.

–Por suerte, el compañero de mi verdugo me desató las manos y las piernas, y ahí vi mi oportunidad. Antes de intentar cualquier cosa, una voz me susurró al oído: «Corre». Y lo hice todo lo deprisa que pude. Tropecé mientras trataba de quitarme la venda, pero me levanté y seguí corriendo. Oí un tiro y una bala pasó rozándome la cabeza.

Rayad apretó los dientes con furia.

–¿El tipo te dejo libre y después trato de matarte?

–No era un hombre.

Él se quedó sin saber qué decir durante unos segundos.

–¿Era una mujer?

–Sí, y creo que quería que me escapara. También creo que me disparó para convencer a su compañero de que había intentado evitar mi huida.

–Después de lo que te hicieron, ¿sigues creyendo en su humanidad?

–En la de ella. Tal vez se hubiera visto atrapada en una situación como la de Bonnie y Clyde; tal vez se sintiera celosa al ver el comportamiento de su compañero. Nunca sabré sus motivos ni por qué me secuestraron.

–¿Crees que eran amantes?

–Quizá. Solo recuerdo que él repetía el nombre de Emma, o Erma.

Era una pista de la nacionalidad de los secuestradores.

–Lo más probable es que fuera *irmá*, que es como se dice «hermana» en portugués.

–Eso explicaría su acento y por qué dejó ella que se me acercara. Seguro que había una relación enferma entre esos dos hermanos. Sea como fuere, ella me permitió escapar, y le estoy agradecida.

–Por desgracia, yo no comparto tu sentimiento de compasión. No puedo sentirlo, por alguien, hombre o mujer, que tortura a otro.

Ella le puso la mano en el brazo.

–Entiendo que pienses así debido a tu trabajo. Pero yo sigo creyendo que la mayor parte de la gente es buena por naturaleza, o que al menos hay algo de bondad en ella. En caso contrario, me habría recluido por miedo a encontrarme con un indeseable a la vuelta de cada esquina. Así no se puede vivir.

Él admiraba su fortaleza y su valor, pero le costaba entender su benevolencia.

–Eres una mujer valiente, Sunny, más que muchos hombres que conozco. ¿Serás lo bastante valiente para enseñarme la cicatriz?

Ella se pudo de pie y le sonrió.

–Como ya sabes la historia, supongo que es mejor que lo sepas todo. Y como vamos a bañarnos, vas a verme entera. Así que voy al búnker a ponerme el bañador, si me dices cómo se abre la puerta.

Él se incorporó y también sonrió.

–Pulsa el botón rojo.

–Muy bien –dijo ella. Y antes de darse la vuelta añadió–: Me encanta la vida, Rayad, lo cual me convierte en una superviviente. Estoy segura de que tú también lo eres, y por eso nos atraemos.

Cuando ella se hubo marchado, él reflexionó sobre sus palabras. Había sobrevivido a situaciones terribles, sobre todo a una que había tenido lugar años antes. Ese día, parte de su alma había muerto y no estaba seguro de recuperar la que le quedaba ni de ser capaz de dejar de buscar a los asesinos de su esposa y de su hijo.

A Sunny le sorprendió la rapidez con la que le había contado todo sobre el secuestro a Rayad. Una vez que hubo empezado a hablar, no le resultó difícil. Ponerse en bañador delante de él no le iba a resultar tan sencillo, ya que le vería las secuelas del único detalle que no le había contado.

En cuanto se puso el bonito biquini, se llevó la mano instintivamente al verdugón que tenía justo debajo de la clavícula y, al hacerlo, revivió la atroz sensación del cuchillo deslizándosele por la piel.

Desechó los recuerdos mientras se envolvía en la toalla y la sostuvo con fuerza por encima de la cicatriz. Al final tendría que enseñársela, pero no hasta que estuviera dentro del agua.

Con esa idea en mente, fue a reunirse con Rayad teniendo cuidado en todo momento de llevar la toalla bien sujeta.

Pero cuando llegó, no estaba.

Emergió de pronto del lago como un bello dios de piel dorada, con una sonrisa en sus atractivos labios. Nadó hacia ella hasta hacer pie y se paró a unos centímetros de la orilla.

–Empezaba a creer que habías cambiado de opinión.

Ella siguió con la vista una gota que se le deslizó por el esternón hasta el agua que rodeaba su cuerpo a la altura del bajo vientre. No dejó de observar el inicio de la fina línea de vello que le descendía desde el ombligo. Se preguntó si se habría puesto el bañador.

–No he tardado tanto.

–Pues me ha parecido una eternidad.

Bonitas palabras de un guapísimo chico malo.

–¿Cómo está el agua?

–Templada. ¿Vienes o vas a quedarte ahí a admirar mis habilidades acuáticas?

Momentos antes, ella había estado admirando mucho más que sus habilidades al tiempo que imaginaba toda clase de cosas.

–Si tantas tienes, tal vez debiera quedarme a observarte.

–Si no nadas bien, te ayudaré.

Sus palabras activaron la veta competitiva de Sunny, que fingió ser una mujer indefensa.

–¿Qué profundidad hay?

–Ahora estoy en un saliente estrecho. Detrás de mí la profundidad va aumentando. Nunca he tocado el fondo, aunque lo he intentado.

Ella se llevó la mano al pecho en un gesto dramático.

–Vaya. Teniendo en cuenta lo alto que eres, tiene que haber mucha

profundidad.
–No tengas miedo.
No lo tenía, y se lo iba a demostrar. Se acercó al borde para examinar dónde estaba él y calcular la profundidad. Después se quitó la toalla de un tirón y se lanzó de cabeza al agua.
Cuando salió a la superficie, a unos metros de donde estaba Rayad, se apartó el pelo de la cara y estuvo a punto de lanzar una carcajada al ver su expresión de desconcierto. Había llegado el momento de acabar con la farsa.
–Resulta que formé parte del equipo de natación de la escuela durante cuatro años y que trabajé de socorrista algunos veranos. Nunca me ha dado miedo el agua.
Sin decir palabra, él salió disparado nadando hacia ella, y sus largas y fuertes piernas lo ayudaron a salvar la distancia en cuestión de segundos.
–Ya me parecía que no eras sincera –afirmó mientras la rodeaba con los brazos.
Ella no tuvo miedo, a pesar de que era consciente de lo poco los separaba, tanto en cuestión de espacio como de ropa. De hecho, su reacción no tuvo nada que ver con el temor y mucho con el deseo. Al menos, él llevaba el bañador, por lo que no tuvo la tentación de llevar a la práctica ese deseo. Aún.
–Creo que he hecho una buena representación.
–Tal vez te conozca lo suficiente para haberme dado cuenta de que estabas actuando.
No se lo iba a discutir, ya que se lo había demostrado en diversas ocasiones.
–Lo siento, pero no he podido dejar de burlarme de tu despliegue machista. Por si no lo has notado, soy autosuficiente.
La mirada masculina fue de sus ojos a su pecho. La cicatriz era visible debido a la transparencia del agua.
–Ya me he dado cuenta de que eres una mujer independiente. También he visto esto.
Sin dejar de rodearla con un brazo, le deslizó los dedos por la cicatriz.
–Te cortó con un cuchillo.
Rayad lo afirmó, no se lo preguntó, pero la miró buscando confirmación. Y ella no halló razón alguna para no contárselo.
–Sí, o eso supongo, ya que no lo vi, pero lo sentí. Y me dijo que, si no cooperaba, la vez siguiente me cortaría más arriba.
–La cicatriz no es tan antiestética como crees.
–Es muy fea, pero me voy acostumbrando. Además, es una buena excusa para comprarme un collar.
La sonrisa masculina le indicó que apreciaba su sarcasmo.
–Quizá te lo compre yo, aunque debieras mostrar la cicatriz con orgullo, pues es la señal de que has sobrevivido.
Era exactamente lo que ella pretendía hacer… más adelante. Por desgracia, aún no se sentía lo bastante fuerte, y menos estando tan cerca de él, con las manos sobre sus anchos hombros y el corazón latiéndole a toda prisa en el pecho.

–¿Vamos a quedarnos flotando así, como una balsa, o vamos a nadar? –preguntó ella.
Él la besó suavemente en la mejilla.
–¿Cuánto aguantas?
–No lo sé. ¿Y tú?
–Mucho. Puedo nadar grandes distancias.
–¿Qué te propones?
–Tengo que enseñarte otro sitio, pero solo se puede ver desde el agua.
–Muy interesante. Ve delante, que te sigo.
Esa vez la besó en los labios.
–Cuando lleguemos a la entrada de la cueva, agárrate de mi pierna. Si me sueltas sin querer, estarás en la más completa oscuridad. Sigue hacia delante y pronto volverás a ver la luz y nuestro destino. Iré despacio.
Ella lo besó en la barbilla.
–¿Estás lista?
–Lo estoy.
Sin añadir nada más, Rayad comenzó a nadar hacia la entrada de la cueva. Ella trató de mantenerse a su altura, pero él iba demasiado deprisa.
Cuando llegó al abismo, él la estaba esperando rebosante de energía, como si estuviera dispuesto a cruzar nadando el Canal de la Mancha. Ella, sin embargo, se notaba en baja forma física.
–¿Cuánto falta todavía?
–No mucho.
–Parece que las costillas ya se te han soldado.
–Lo suficiente. Ahora, agárrate a mí y no me sueltes.
Ella le hizo un saludo militar.
–A sus órdenes, mi capitán.
Para no obstaculizarle el movimiento de la pierna agarrándosela, Sunny se agarró a la cintura de su bañador. Tuvo una visión fugaz de las cicatrices de la espalda, pero no le restarían atractivo alguno, por muy terribles que fueran. Nada disminuiría el hecho de que era un hombre compasivo, fuerte y muy deseable.
Mientras Rayad la guiaba en la oscuridad, a ella comenzaron a dolerle las rodillas, pero solo fue cuestión de unos segundos, y pronto pudo disfrutar de la libertad, los sonidos y los olores de la cueva y del hombre que la servía de escolta personal por aquel paraíso. Se percató casi inmediatamente de que no sentía claustrofobia, a pesar de la oscuridad absoluta que la rodeaba. En lugar de ello, se sentía eufórica, totalmente liberada y cautivada por las brazadas controladas de Rayad, que hacían que se imaginara otros movimientos que le gustaría experimentar.
«Basta, Sunny», se dijo mientras seguían su camino. Tenía que ser precavida o acabaría tomando un camino equivocado con Rayad. Aunque tal vez fuera el correcto.
El tiempo lo diría.
La oscuridad comenzó a disiparse al doblar una curva y apareció una enorme abertura que dejaba ver una cascada que caía por la piedra y alimentaba el acuífero subterráneo.
Sunny se soltó de Rayad y se adelantó nadando. Y cuando vio arena, se

puso de pie para admirar la vista.

–Es increíble.

–En efecto.

Ella volvió la cabeza y vio que la estaba mirando.

–Estoy segura de que, con todas las veces que lo habrás visto, no te impresionará.

Él caminó hacia ella y se detuvo a su lado.

–Me sigue impresionando su majestuosidad, pero no me refería a la cascada.

–¿Te referías al sol brillando en el agua? ¿Al cielo tan azul?

–Lo que me causa admiración eres tú.

Ella lo miró a los ojos.

–Eres un jeque encantador.

–Y tú eres una mujer asombrosa.

–Tu forma de halagar te llevaría a cualquier sitio que desearas ir –afirmó ella mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

–¿A cualquier sitio?

Había que reformular la frase.

–Bueno, a cualquiera que queramos ir los dos.

–¿Se te ocurre alguno?

Ella se sentía algo mareada y muy atrevida.

–¿Por qué no me besas y lo averiguamos?

Él lo hizo. Fue un beso muy persuasivo. Le puso las manos en los costados y las bajó y subió lentamente deteniéndose cerca de sus senos. Ella podía decirle que parara o que siguiera, pero deseaba que continuara, no que se detuviera.

Más audaz de lo que nunca se había sentido, Sunny se desabrochó el sujetador del biquini y se desató el nudo que se lo sostenía al cuello. La prenda cayó al agua.

Al darse cuenta de que estaba desnuda de cintura para arriba, Rayad dejó de besarla y le sonrió con complicidad. Tomó sus senos en las manos y le acarició los pezones en círculo con los pulgares mientras se los examinaba.

Sunny sabía que no estaba tan bien dotada como su hermana, pero le daba igual.

Nunca había dejado que un hombre al que conocía tan poco llegara tan lejos. Dejó de pensar del todo cuando Rayad bajó la cabeza y sustituyó una mano por los labios.

Las sensaciones eran muy agradables, desde los tirones de la boca a los movimientos de la lengua. La invadieron oleadas de calor que se le aposentaron entre los muslos. Como si Rayad lo hubiera percibido, le subió las piernas para que las enlazara a su cintura, lo que hizo que entrara en contacto con su impresionante erección.

Después, comenzó a subirla y bajarla contra su entrepierna creando una fricción por la que ella estuvo a punto de alcanzar el clímax. Si él continuaba, ella comenzaría a emitir sonidos primitivos o a pedirle que acabara con su agonía.

De pronto, Rayad se detuvo.

De nuevo con los pies en el suelo, Sunny se mordió la lengua para no lanzar un juramento.

–No hay nada como que te exciten para, inmediatamente después, cortar en seco.

Él se frotó la nuca.

–No era mi intención. Si por mí fuera, te tomaría aquí sin ninguna formalidad.

A ella le pareció un buen plan.

–¿Y por qué no lo has hecho?

–Porque no estoy seguro de que sea lo que quieres.

Ella se cruzó de brazos y suspiró con impaciencia.

–No se me da tan bien fingirlo, puedes creerme.

Él agarró la parte superior del biquini, que flotaba a su lado, y se lo tendió.

–Hay veces que, cuando una persona ve la muerte de cerca o sufre una pérdida, busca cualquier medio que la haga sentirse viva.

Ella se puso el sujetador mientras trataba de disimular su frustración.

–¿Crees de verdad que eso es lo que estoy haciendo?

–Creo que es posible.

–Para que lo sepas, no soy de esas mujeres que buscan a cualquiera para satisfacer sus necesidades físicas o emocionales. Si no confiara en ti, ni se me hubiera ocurrido cruzar la línea de la intimidad. Aunque no te lo creas, me fío de ti, Rayad, y te deseo más de lo que he deseado a un hombre en mucho tiempo, incluso a Cameron. Si es una locura, es que estoy loca, pero no puedo evitar lo que siento.

Los ojos de Rayad reflejaban una emoción sin nombre.

–Te agradezco de veras la confianza que tienes en mí, pero es algo que hay que ganarse.

–Te la has ganado al detenerte porque estabas preocupado por mí. No obstante, presiento que hay algo más que te preocupa aparte de que yo esté preparada o no. Puede que seas tú el que no esté preparado.

Él la tomó de las manos y la miró a los ojos.

–Hace tiempo que no estoy con una mujer, pero lo único que me preocupa es que te encuentres bien. Si decides que debemos disfrutar mutuamente en el plano carnal, puedes estar segura de que te proporcionaré una experiencia que no olvidarás fácilmente. Aunque no soy contrario a hacer el amor en distintos sitios, nuestra primera vez debiera ser en una cama como es debido.

A ella le parecieron extrañamente atractivos su seguridad y sus ideales tradicionales.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo en que cuando llegue el momento dejaremos que la naturaleza siga su curso sin más?

Los ojos de Rayad se iluminaron un poco.

–De acuerdo. Solo tienes que pedírmelo y satisfaré todas tus fantasías.

A pesar de que el sol caía de plano, ella sintió escalofríos al imaginárselo llevándola a escondidas a su suite esa noche cuando volvieran al palacio.

–Supongo que debiéramos pensar en volver antes de que oscurezca. Me

gustaría estar de vuelta a tiempo para cenar con Piper.

–Cenaremos antes de volver.

Sunny pensó que pasar unas horas más en su compañía, en aquel lugar, no era un mal plan. En absoluto. Tal vez ni siquiera tuviera que esperar par hacer realidad sus fantasías.

–Nos quedaremos –dijo ella, y después lo apuntó con el dedo–. Y será mejor que hayas traído otra fuente de comida de palacio y que no me sirvas una de esas latas de los estantes.

Él sonrió.

–La comida resultará de tu agrado.

Él le resultaba irresistible.

–Por curiosidad, ¿dónde vamos a cenar? ¿Cerca de la cama?

–No –Rayad le levantó las manos y deposito un suave beso en cada una, como un gallardo caballero árabe–. Siguiendo mi plan original, cenaremos bajo las estrellas.

Normalmente, Sunny no necesitaba gestos románticos, pero con Rayad le parecía ser otra persona.

–Me parece estupendo.

–Lo será, estate segura. Y después volveremos a palacio.

Sunny se dijo que le daba igual que se quedaran a pasar la noche allí, con tal de que él cumpliera la promesa de satisfacer sus fantasías. Si lo hacía, ella tendría la experiencia de una noche caliente en el desierto.

Capítulo Siete

No volverían a palacio esa noche.

Rayad temía darle la noticia a Sunny porque pensaba que no se lo creería. Pero prolongar lo inevitable no cambiaría la situación, por lo que se apartó de la emisora de radio para ir a buscarla al dormitorio, adonde se había retirado dos horas antes.

Cuando entró, la vio acurrucada en una litera, con los ojos cerrados. Despedía tanta paz que maldijo tener que despertarla. Antes de hacerlo, se sentó en el borde del estrecho lecho y la contempló durante unos instantes, aprovechando que ella no se iba a dar cuenta.

No conocía a nadie tan valiente como aquella periodista. Y rara vez una mujer lo había impresionado tanto. Su deseo de ella era extraño pero innegable. Incluso en aquel momento sintió la tentación de desnudarse y tumbarse a su lado, aunque no lo hizo por varios motivos. Aunque ella había insistido en que lo acogería con agrado en la cama, seguía teniendo reparos. Si ella llegaba a descubrir en calidad de qué servía a su país, nunca volvería a mirarlo con los mismos ojos.

Rayad se dijo que tal vez debiera pensarse lo de pasar la noche juntos, que quizá habría debido devolverla al palacio antes de que hubiera sido tarde para hacerlo.

Sin embargo, cuando Sunny se removió y parpadeó antes de abrir los ojos, todos los pensamientos de Rayad sobre lo que hubiera debido hacer desaparecieron. Y cuando ella lo saludó con una leve sonrisa, solo pensó en lo mucho que la deseaba.

–¿Cuánto llevas sentado ahí? –preguntó ella con la voz ronca de sueño.

–No mucho.

Ella se estiró y dio un suspiro.

¿Qué hora es?

–Las cuatro de la tarde.

–¿En serio? –se sentó en la cama–. No era mi intención echarme una siesta tan larga. Tenías que haberme despertado.

Rayad hubiera querido hacerlo.

–Estabas cansada.

–¿Qué vamos a hacer hasta la hora de la cena?

–Voy a ir al pueblo más cercano a comprar comida. Si quieres, puedes seguir durmiendo en mi ausencia.

–¿Y la cena que habías traído?

Había llegado el momento de hablarle del problema del tiempo.

–Acabo de recibir noticias de Rafik que me obligan a ir al pueblo.

–¿Vas a comprar algún recuerdo?

–No.

Ella lo miró con los ojos como platos.

Él se echó hacia delante, apoyó los brazos en los muslos y entrelazó los dedos.

–Parece que las tormentas son peores de lo que se había previsto. Hay inundaciones en numerosas zonas, lo que ha obligado al Ejército a evacuar a muchos ciudadanos.

–¿Corren peligro en palacio? –preguntó ella alarmada.

–El palacio está en un terreno elevado, por lo que no se verá afectado. Sin embargo, las carreteras para llegar hasta allí son impracticables.

–¿Quieres decir que tenemos que quedarnos aquí forzosamente?

–Tendremos que quedarnos hasta que se pueda circular.

Ella se dejó caer sobre la almohada y se puso a mirar el techo.

–¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para volver?

–Tres días como mínimo. Posiblemente más.

–Estupendo –exclamó ella, molesta.

Su enfado no agradó a Rayad.

–¿Tan desagradable te resulta pasar conmigo unos días?

Ella lo miró de reojo.

–No he dicho eso. Lo que me sienta mal es no haber pasado más tiempo con mi hermana. Eso sin tener en cuenta que solo tengo ropa para dos días. A no ser que tengas por aquí una lavandería oculta, puede ser un problema, ya que lavarme la ropa en el acuífero no es muy ecológico que digamos.

Sus palabras le proporcionaron cierto alivio.

–Compraremos lo que necesites en el pueblo. Te acompañaré mañana temprano.

–Muy bien, pero eso no alivia mi sentimiento de culpa por haber abandonado a mi hermana después de su amabilidad al invitarme.

Saber que Sunny se iría pronto lo inquietaba, aunque no sabía por qué. Sabía desde el principio que su partida sería inevitable, así como que él debía volver a sus deberes. Pero el hecho de que ella fuera a marcharse lo molestaba de una forma que tendría que analizar más adelante.

–Tendrás tiempo de sobra para estar con ella, a no ser que planees regresar a Estados Unidos de inmediato en cuanto volvamos a palacio.

–Me quedaré otras dos semanas.

Se levantó de la cama, buscó algo en la bolsa de viaje, que estaba en el suelo, y sacó un cepillo.

–Si vas a ir de compras, iré contigo ahora para comprar lo que necesite. Además, no quiero quedarme aquí sola.

A él le encantaría que lo acompañara.

–Entonces, ¿no estás enfadada por la demora?

Sunny se pasó el cepillo por el rubio cabello varias veces antes de mirarlo a los ojos.

–No controlas la meteorología, Rayad. Eres poderoso, pero no tanto.

Poderosa era la necesidad que tenía de besarla.

–Te prometo que no tendrás que preocuparte por mi forma de comportarme durante el tiempo que estemos juntos. Sigues siendo tú la que tiene el control.

Ella dejó de cepillarse durante unos instantes y sonrió.

–No sé si puedo prometerte lo mismo sobre mi comportamiento. Me haces perder el control.

Si no se alejaba de ella con rapidez, no podría ocultar la excitación que sentía, lo cual sería un ataque a su dignidad.

–Iremos al pueblo ahora que todavía hay luz –dijo él mientras se levantaba.

Sunny metió el cepillo en la bolsa, abrazó a Rayad por la cintura y lo besó en los labios.

–Estoy lista para ir de compras, y también para cenar bajo las estrellas.

También lo estaba él. Solo esperaba poder controlar sus deseos hasta acabar de cenar. Después, ya no podía prometer nada.

El mercado del pueblecito estaba sorprendentemente abarrotado de gente. Sunny solo vio unos cuantos vehículos, pero mucho ganado, desde vacas hasta camellos. El olor a especias y a carne a la parrilla que procedía de los puestos ambulantes le había dado mucha hambre. Su guapo acompañante también le despertaba el apetito, pero no de comida.

Varias veces estuvo a punto de perder a Rayad entre la multitud. La barrera lingüística había evitado que entendiera sus numerosas conversaciones con la gente del pueblo. Pero una cosa había entendido: lo llamaban Basil. Más tarde le preguntaría por qué no lo llamaban por su nombre, por qué lo trataban como si fuera uno de los suyos, en vez de un miembro de la realeza.

En aquel momento, ya de vuelta, estaba sacando las provisiones del coche mientras él abría la puerta secreta. Cueva, dulce cueva. La idea hizo que sonriera.

–¿Qué te hace gracia? –preguntó él al llegar a la parte trasera del vehículo.

–Nada. Simplemente estoy contenta de volver y de tener un mulo a mi servicio.

Él fingió enfadarse mientras ella le pasaba dos de los bultos.

–¿Me estás llamando burro?

–Claro que no –dijo ella mientras le daba una palmada en el trasero y se dirigía a la entrada.

Después de subir y bajar dos veces las escaleras con las compras, lo único que le apetecía a Sunny era darse un baño.

–¿Tengo que lavarme en el lago? –preguntó mientras dejaba los caftanes que Rayad le había comprado en una litera.

–Puedes hacerlo, o usar una de las duchas.

Era evidente que le había estado ocultando información útil.

–Me has dicho que no había ducha.

–No la hay al lado de mi dormitorio –le señaló una puerta cerrada al otro lado de la habitación–. Está allí. La presión es adecuada, pero el agua está fría.

Ella se secó el sudor de la frente con el brazo.

–Una ducha fría me parece estupenda. Aún no me he recuperado del

calor.

Y su temperatura corporal no descendería si seguía viendo a Rayad frente a ella, con los brazos cruzados. La camiseta de manga corta le permitía contemplar sus magníficos bíceps. Sí, una ducha fría era lo más indicado.

–Te dejo que te duches mientras preparo la cena.

Sunny no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que oyó esas palabras.

–Muy bien. No tardaré mucho, ya que no me he traído el secador.

Él sonrió y se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo y volvió a mirarla.

–Puede que en algún momento durante nuestra estancia juntos me meta contigo en la ducha.

Sin añadir nada más, salió de la habitación cerrando la puerta. Sunny se vio asaltada por imágenes y pensamientos poco recomendables. Se moría de ganas de estar con él bajo el cielo estrellado. Se moría de ganas de ver lo que pasaría después de la cena, aunque podía sentirse de nuevo decepcionad si él apelaba a su honor.

Por suerte, disponía de medios para convencerlo de dar el siguiente paso, y uno de ellos era estar limpia y presentable. Se duchó rápidamente y se felicitó por haber llevado champú y gel de baño. Agarró una toalla del armario de metal, se secó y volvió a la habitación para ponerse el caftán de gasa y sin mangas que más le gustaba. Lo alzó y se sorprendió al ver que, debajo, había un collar de plata con perlas de coral que hacían juego con el color del vestido. Ella lo había admirado, pero no lo había comprado porque no llevaba dinero en efectivo y porque era muy caro. En lugar de ello, había consentido que Rayad le comprara unos aros de plata, que eran mucho más baratos, y solo después de que él insistiera.

Le daría las gracias por el collar, le diría que era una extravagancia y después tal vez le mostrara su agradecimiento con un beso.

Mientras se hacía una trenza con el cabello húmedo, se puso la ropa interior de muselina que acababa de comprar: una especie de boxers masculinos, aunque más cortos. No eran sexys, pero sí funcionales. Por suerte, el vestido no requería sujetador.

A continuación se dio un poco de rímel y de brillo de labios, se puso los pendientes y el collar y se maravilló ante el espejo de la polvera al contemplar la imagen tan femenina que tenía. Piper estaría orgullosa, aunque le disgustaría que no dispusiera de unos zapatos de tacón. ¡Menos mal! Ir descalza le pareció más adecuado que ponerse las deportivas, aunque le preocupaba hacerse daño en los pies o pisar una serpiente.

Satisfecha con su aspecto, Sunny salió al pasillo y se encontró con Rayad en la boca de la cueva. Se había cambiado de ropa y llevaba un polo blanco y unos pantalones azul oscuro, y se había recortado la barba.

Un hombre verdaderamente guapo a su disposición. ¡Qué suerte!

Le hizo una cursi reverencia.

–Buenas noches, jeque. Veo que vas muy aseado.

Él asintió.

–Tú también. El vestido te sienta de maravilla, tal como me esperaba.

Sunny supuso que tendría mucha experiencia a la hora de calcular la talla femenina por haber estado con muchas mujeres.

–Gracias –dijo ruborizándose–. Se está haciendo tarde. ¿Está lista la cena?

–Sí. Ven conmigo y te llevaré al comedor.

A Sunny no le hizo ninguna gracia tener que volver a subir escaleras, pero el esfuerzo mereció la pena cuando salieron a la cima de la formación rocosa y llegaron a una meseta arenosa.

Lo primero que vio fueron las estrellas, que brillaban como diamantes hasta donde alcanzaba la vista, y la luna, casi llena. Un panorama maravilloso y el comienzo perfecto de una noche igualmente maravillosa.

–Había olvidado lo increíble que es el cielo nocturno en un lugar tan apartado.

Rayad la abrazó por detrás.

–Siento que nos hayamos perdido la puesta de sol, pero tal vez la veamos antes de volver a palacio.

Ella no quiso pensar en que tendría que marcharse de allí y separarse de él. Apoyada en su pecho, le llegó el aroma de lo que debía de ser su jabón. No solo era guapísimo, sino que olía de maravilla.

–¿A quién le hace falta el sol con todas estas estrellas?

–Tenemos que comer –apuntó él.

Ella se dio la vuelta en sus brazos y sonrió.

–Buena idea porque, si no, tendrás que llevarme en brazos para bajar las escaleras.

Él la besó en la frente.

–Sería un placer. Pero no me detendría hasta llegar a la cama.

–Tal vez no quisiera que te detuvieras.

–Bueno es saberlo, siempre que estés segura de que es lo que deseas.

Sunny no entendía por qué necesitaba que se lo volviera a asegurar.

–Créeme, es lo que deseo.

Él la besó largamente y ella se olvidó de la cena para centrarse en el tacto de su lengua, que le exploraba suavemente la boca, y en sus manos, que le subieron y bajaron por la espalda antes de posarse en sus nalgas. Recordó lo sucedido en el lago y se dio cuenta de que, si no lo dejaban en ese momento, la arena bajo sus pies comenzaría a arder.

Contra su voluntad, Sunny se separó de la boca de Rayad.

–¿Por qué no comemos algo?

Él la soltó y carraspeó.

–Sería muy aconsejable.

–Probablemente.

Tomándola de la mano, Rayad la condujo a una zona iluminada por una antorcha situada en el suelo. Sobre una manta multicolor había fuentes con distintos tipos de queso, carne y fruta, así como un cestillo con pan.

Sunny volvió a sentir hambre, por lo que se soltó de la mano masculina y se sentó en uno de los cojines que había cerca de la comida. Rayad hizo lo propio frente a ella y le tendió una fuente.

–Adelante.

A Sunny le supo todo a gloria, aunque desconocía si se debía a su

apetito o al entorno. Apenas se dirigieron la palabra durante la comida, y pronto dieron buena cuenta de los alimentos.

Ella se limpió la boca con la servilleta y empujó el plato vacío hasta el centro de la manta.

–Hacía años que no comía tan bien.

Rayad apartó el cojín y se tumbó de costado, apoyando la mandíbula en la mano.

–Lo que he traído del mercado eran cosas sencillas.

–Me da igual lo que comamos con tal de que sea aquí –afirmó ella mientras contemplaba el cielo estrellado. Cuando bajó la vista vio que él la miraba fijamente–. ¿Qué pasa?

–Tienes una boca muy bonita.

Ella echó el cojín a un lado y se tumbó frente a él. Había muy poco espacio entre ambos.

–Teniendo en cuenta el día que hemos pasado, debiera estar cansada, incluso a pesar de la siesta, pero no es así. Y eso me recuerda que debo preguntarte algo sobre nuestra visita al pueblo.

–Te contestaré en la medida de mis posibilidades.

–Cuando estábamos allí me ha parecido que la gente te llamaba Basil. ¿He oído bien?

–Sí, así es como me llaman.

–¿No saben que eres un príncipe?

–No, y así quiero que sea.

–¿Por qué?

–Nunca se sabe dónde acechan los enemigos. Es mejor integrarse en la masa y ocultar la propia identidad.

–Ah, se trata del espionaje. Por cierto, no me has dicho tu nombre secreto.

–Si lo hiciera tendría que…

–¿Matarme?

–Preferiría besarte –respondió él con una sonrisa. Y lo hizo, suave y lentamente, antes de preguntarle–: ¿Qué quieres que hagamos ahora?

–¿Y tú?

–No puedo decírtelo porque temo que te vayas.

–Inténtalo.

–Prefiero mostrártelo. Túmbate.

Ella obedeció y él le observó el rostro durante unos segundos. Después la besó profundamente. Se separó de ella para quitarse la camisa y a ella el caftán. Cuando volvió a tomarla en sus brazos y a besarla, el contacto de su pecho desnudo en sus senos hizo que Sunny se removiera inquieta a causa de la humedad que sentía entre los muslos. Solo deseaba que él la liberara de aquel ardor, pero él le había dicho que tendría que pedírselo. Podía hacer eso o, mejor aún, dirigirlo a la dirección correcta.

Le quitó la mano de la cadera y se la colocó en la cara interna de uno de los muslos conteniendo la respiración para ver cómo reaccionaba. Él no tardó en deslizar la mano hacia arriba y se detuvo a juguetear con el borde de la ropa interior. Sunny gimió sin querer, y esa reacción involuntaria hizo que Rayad entrara en acción.

Con un diestro movimiento le bajó las braguitas y le puso la mano entre los muslos. Siguió besándola mientras con la lengua imitaba el movimiento de su dedo, lo que le produjo un incendio que amenazaba con hacer que perdiera el control.

Él apartó la boca.

–Estás muy húmeda –le susurró sin dejar de acariciarla.

Ella fue incapaz de responderle. Solo pudo abandonarse a las sensaciones que experimentaba y prepararse para el inminente clímax, que se produjo rápida e intensamente, con una serie de espasmos que la hicieron temblar de arriba abajo.

Sunny volvió lentamente a la realidad cuando Rayad le llenó la cara de besos.

–¡Vaya! –exclamó al cabo de unos segundos.

–¿Te ha resultado satisfactorio? Es solo una muestra de lo que voy a hacerte. Puedo seguir, si quieres.

Por supuesto que quería.

–No sé si voy a poder soportar mucho más.

–Soportarás mucho más que esto, ya lo verás.

–Te tomo la palabra –dijo al tiempo que se giraba de costado para ponerse frente a él–. Bájate los pantalones.

Su exigencia lo tomó por sorpresa y se quedó callado.

–¿Me dejo puestas las botas?

–Te he dicho que te bajes los pantalones, no que te los quites. No te preocupes por las botas.

–Pero…

–No hay peros que valgan –le interrumpió ella–. Como decimos las mujeres en Estados Unidos, haz lo que se te dice, recuéstate y disfruta.

–Nada más lejos de mi intención que discutir con una americana resuelta –afirmó él sonriendo.

Cuando Rayad se bajó los pantalones hasta la rodilla, ella le bajó los calzoncillos.

Era asombroso. A Rayad se le habían concedido muchos dones físicos, y ella acababa de descubrir otro.

Apoyó la mejilla en el pecho masculino y descendió en línea recta con un dedo por el esternón hasta el abdomen para, a continuación, arañarle levemente los muslos. Él permaneció inmóvil y callado hasta que ella comenzó a explorarlo desde la punta hasta la base. El hecho de que contuviera la respiración le indicó a Sunny que lo estaba haciendo bien, así que siguió. Y cuando lo tomó con la mano, él gimió. Ella siguió acariciándolo. Sabía que no tardaría mucho en hacer que llegara al clímax. Pero él la agarró por las muñecas y le apartó la mano.

–Ya basta –dijo casi con un gruñido.

Ella alzó la cabeza y vio que tenía los ojos cerrados.

–¿He hecho algo mal?

–Todo lo contrario, lo has hecho muy bien y por eso te he parado.

–Me parece justo devolverte el favor.

–Prefiero que no lo hagas.

Ella se sintió un poco ofendida.

–¿Te molesta que una mujer tome la iniciativa y te haga perder el control?
–No es eso lo que me preocupa.
–Mira, si vas a volver a decirme que si estoy segura de…
–Te iba a decir que quiero estar dentro de ti.
Eso lo cambiaba todo.
–Me gustaría mucho.
–Siempre que tengas la certeza de que eso es lo que quieres.
Ella perdió la paciencia.
–Estoy desnuda y todavía siento el placer de haber experimentado uno de los mejores orgasmos de mi vida. ¿Te parece suficiente certeza?
–¿Tanto has disfrutado?
–En una escala del uno al diez –replicó ella sonriendo– le daría un veinte, lo cual no significa que debas sacar pecho e ir pregonando que eres un maestro, al menos hasta que me lo des todo.
–Te daré lo que necesitas, y más.
–Pues hazlo.
–Prefiero que vayamos a la cama.
–Y yo prefiero que no perdamos más tiempo.
–No se trata de tiempo ni de conveniencia, sino de protección.
–Ya estoy protegida contra el embarazo y no tengo enfermedades contagiosas.
–Yo tampoco.
–Entonces, ¿a qué esperamos?
Él la tumbó de espaldas y la miró a los ojos.
–Te aseguro que estoy cansado de esperar. ¿Estás segura de que no prefieres un colchón?
–Solo estoy segura de una cosa: como no me hagas el amor ahora mismo, comenzaré a gritar.
Él la besó suavemente y le lanzó una ardiente mirada.
–No quiero prolongar tu agonía.
Volvió a besarla y a acariciarla y la llevó de nuevo al borde del clímax, a un lugar donde el pasado no existía. Pero cuando le abrió las piernas y se situó encima de ella, el pasado volvió. Por mucho que lo intentara, Sunny no lograba respirar ni separarse de los recuerdos de un hombre cruel. Y sin importarle las consecuencias, se separó bruscamente de él y casi gritó:
–¡Para!
Avergonzada y temblando, se sentó y se abrazó las rodillas. Esperó unos segundos antes de hablar.
–Lo mismo me pasó la única vez que Cameron trató de hacerme el amor después del secuestro. Se fue a la mañana siguiente y no he vuelto a verlo. No te reprocharía que hicieras lo mismo.
–No soy tu examante, Sunny. No te abandonaré cuando me necesitas ni esperaré que hagas algo de lo que no eres capaz.
–Pero quiero hacer el amor contigo, Rayad. Llevo pensándolo desde que me dijiste que lo haríamos en una cama. Eres la respuesta a todas mis fantasías. No me imagino viviendo el resto de la vida sin volver a ser una mujer completa, pero no sé cómo superar esto.

Él se tumbó de costado y la miró.

–Si estás dispuesta, con mi ayuda. Pero debes ser consciente de que, si no consumamos nuestra unión, te respetaré siempre y recordaré con afecto el tiempo que pasemos juntos.

–Quiero intentarlo, de verdad –respondió ella conmovida–. Pero probablemente se necesite tiempo y mucha paciencia.

–No tenemos nada mejor que hacer los próximos días.

–Cierto.

Él se puso de pie y le tendió la mano.

–Vamos a la cama, donde solo espero de ti que me dejes abrazarte mientras duermes. Tal vez así no tengas pesadillas.

Sabía decir las cosas adecuadas en el momento justo.

–Me parece bien. Iba a proponerte que durmiéramos aquí, pero no quiero despertarme cubierta de arena y quemada por el sol.

Cuando ella fue a recoger la ropa, él la detuvo.

–Déjala ahí. La recogeremos mañana. Quiero que estés desnuda mientras duermes.

–Muy bien –ella sonrió–. Siempre que tú también lo estés.

–No es mi intención ponerme prenda alguna esta noche.

Sunny bajó detrás de él las escaleras débilmente iluminadas y lo siguió a su habitación. Se acostaron y él la abrazó al tiempo que ella apoyaba la mejilla en su hombro y escuchaba los latidos de su corazón. Él le acarició el brazo suavemente una y otra vez, produciéndole una sensación de calma.

Sunny sintió la necesidad de agradecerle su paciencia y su comprensión, pero no halló las palabras, lo cual le extrañó, ya que su trabajo giraba en torno al vocabulario. Pero esa terminología se relacionaba con los hechos, no con las emociones. Y, en ese momento, sus emociones iban de la gratitud a sentimientos mucho más profundos.

En vez de decirle lo que sentía, se inclinó por algo mucho más ligero.

–Eres maravilloso, Rayad.

Él la besó suavemente en la frente.

–Y tú eres asombrosa, Sunny.

Él hacía que se sintiera asombrosa, que creyera que llegaría a dominar sus miedos y a olvidar la terrible experiencia que había vivido; y lo más importante, que creyera que de verdad podía amar a un hombre.

Capítulo Ocho

Rayad nunca había visto tanta inocencia reflejada en el rostro de una mujer mientras dormía. No recordaba haber sentido un instinto de protección tan fuerte hacia alguien. Eran emociones que no deseaba experimentar. Debía contenerse y tener paciencia para dejar que fuera ella la que le indicara que estaba preparada para tener relaciones íntimas.

Sacó el brazo de debajo del cuerpo de Sunny, se levantó y agarró lo necesario para bañarse y lavarse en el lago. Necesitaba hacer ejercicio para quemar la energía que le sobraba y calmarse.

Se tiró de cabeza al agua, que estaba más fría de lo habitual, probablemente porque las tormentas en la montaña habrían rellenado el acuífero. Que estuviera tan fría le venía bien, pensó mientras nadaba hacia el saliente para comenzar a lavarse. Pero el agua helada no sirvió para apagar su deseo cuando alzó la vista y contempló a Sunny de pie junto a la orilla, totalmente desnuda. La forma de sus senos, la curva de sus caderas y la leve sombra entre sus muslos le provocó otra enorme excitación.

Ella se quitó la goma que le sujetaba la trenza medio deshecha, sacudió la cabeza, se metió en el agua y caminó a su encuentro.

–Buenos días –le dijo al llegar a su lado.

Él mantuvo las manos pegadas a los costados, a pesar de que quería acariciarla por todas partes.

–¿Has dormido bien?

–Mejor que en mucho tiempo –Sunny miró el cielo por la abertura de la cueva antes de volver a mirarlo a él–. Apenas hay luz. Te gusta madrugar.

–No me gusta desperdiciar el tiempo durmiendo demasiado.

–A mí me pasa lo mismo, pero necesito ducharme para despabilarme.

–No hace falta que te duches. Aquí tengo todo lo necesario para que te laves.

–Es verdad, me habías dicho que esto era tu bañera.

–Así es.

–¿Usas jabón?

Él le indicó con la cabeza la pastilla que había dejado en la orilla. Ella fue a por la pastilla y volvió sobre sus pasos oliéndola.

–Huele de maravilla. Por eso olías tan bien anoche.

Ella retrocedió unos pasos y se quedó en el saliente que le dejaba el torso fuera del agua. Mientras él la observaba, se enjabonó los brazos, el cuello y los senos, en los que se detuvo más de lo necesario. Él pensó que trataba de provocarlo, y lo estaba consiguiendo. Cuando ella se llevó la pastilla al abdomen y después debajo del agua, él estuvo a punto de perder el control.

–¿Me enjabonas la espalda? –preguntó mientras le tendía el jabón.

Rayad no estaba seguro de poder limitarse solo a eso.

–Como quieras.

Sunny se dio la vuelta y él la enjabonó teniendo cuidado de dejar espacio entre ambos. Sin embargo, el deseo comenzó a dominar su sentido común cuando pasó a las bien formadas nalgas. Y cuando ella inadvertidamente se movió y entró en contacto con la prueba de su falta de control, su determinación de resistir se marchó flotando con la pastilla de jabón.

Él la dio la vuelta y la besó con toda la pasión que experimentaba en ese momento. Quería que lo deseara más de lo que había deseado a otro hombre, que su cuerpo anhelara la mayor intimidad posible con él. Y él se la daría, siempre que ella le diera permiso.

–Quiero hacerte llegar al clímax.

–Ya casi estoy allí –susurró ella–. Pero quiero que termines tú.

Rayad la abrazó y la llevó hasta la orilla, donde la sentó. Después se situó frente a sus piernas abiertas. La besó en el vientre, mirándola, antes de seguir descendiendo. Ella se echó hacia atrás apoyándose en los codos, cerró los ojos y abrió más las piernas. Era todo el permiso que él necesitaba para proseguir.

Empleó la lengua acariciándola suave pero insistentemente. Y no cesó al oír su respiración jadeante y percibir que la llegada al clímax era inminente. Trató de proporcionarle un mar de sensaciones, una experiencia que no olvidara con facilidad.

Al cabo de unos segundos, Sunny emitió un suave gemido y agachó la cabeza mientras temblaba de arriba abajo.

–Ha sido increíble –murmuró antes de erguirse y mirarlo a los ojos–. Y es muy injusto para ti.

Él salió del agua y se sentó a su lado.

–Me las arreglaré.

Ella le lanzó una mirada a la entrepierna.

–Pues no lo parece.

–He pasado largos periodos de tiempo sin aliviarme.

Ella se puso de pie.

–Pues eso se ha acabado. Tráeme una toalla y ven a la cama. Y no me repliques, por favor.

Él la deseaba con todas sus fuerzas, pero debía recordar que tal vez ella no lograra llegar hasta el final.

–No necesitamos una toalla –dijo él levantándose–. Ya se secarán las sábanas.

Ella se tumbó en la cama sonriéndole. Estuvieron besándose un rato hasta que ella se separó y se puso encima de él.

–Creo que prefiero esta postura. Me tienes que prometer algo, Rayad.

–Lo que quieras.

–No cierres lo ojos y mírame todo el tiempo.

–Será un placer.

Y lo fue en el momento en que ella se sentó a horcajadas sobre sus muslos y lo condujo a su interior. Él apretó los dientes por la necesidad de liberarse inmediatamente cuando ella comenzó a mover las caderas,

lentamente al principio y más deprisa después, tomándolo cada vez con mayor profundidad. No dejaba de mirarla, aunque le resultaba más difícil según se acercaba el clímax. Trató de contenerse con todas sus fuerzas, pero le fue imposible cuando ella se inclinó hacia él y le susurró:

–Quiero sentir cómo llegas.

El orgasmo le sobrevino con la fuerza de una granada. Las pulsaciones duraron más de lo que se esperaba, más de lo que había experimentado en su accidentada vida sexual. Mientras recuperaba el aliento, Sunny se acurrucó a su lado.

–Seguro que te sientes mejor.

–«Mejor» no describe adecuadamente cómo me siento. Lo importante es cómo te sientes tú.

Ella lanzó una carcajada.

–Eufórica, libre. Como si me acabaran de dar el Pulitzer.

Su alegría era contagiosa, y él sonrió.

–Me alegro. Estaba convencido de que eras lo bastante fuerte para superarlo.

Ella le acarició la mejilla.

–No estoy segura de que lo hubiera conseguido de no haber sido por ti. Pero hay una cosa más que tengo que pedirte.

Él esperaba que no fuera una declaración de amor, ya que era algo que no podría ofrecerle.

–Dime.

–Quiero usar la radio, si es posible.

Él se sintió muy aliviado.

–¿Para comprobar que tengo una buena razón para retenerte aquí?

Ella le besó la barbilla.

–Sé que no me has mentido sobre las tormentas, pero quiero hablar con mi hermana.

Rayad se dijo que tenía que memorizar sus rasgos porque, al cabo de unos días, los recuerdos serían lo único que le quedaría de aquella mujer especial, como había sucedido con esa otra mujer con la que había compartido su vida.

–Será un placer satisfacer tu petición, pero será mejor que no les des muchos detalles sobre nosotros. No tengo ganas de tener que dar explicaciones a su esposo.

Sunny le sonrió.

–No te preocupes. Fingiré que me estoy aburriendo mucho.

–¿Te estás divirtiendo, hermanita?

Sunny hablaba por la radio de onda corta. De pie, a su lado, Rayad le acariciaba la espalda.

–Regular. No hay mucho que hacer aquí.

–¿Dónde estáis exactamente?

–Al sur de Bajul.

–Adan me había dicho que estabais en un pueblo.

–No muy lejos de uno –contestó su hermana ahogando un grito al sentir

las manos de Rayad en los senos–. ¿Sigue lloviendo allí?

–Sí, por desgracia, y parece que tardará un par de días en parar. ¿Qué tiempo tenéis vosotros?

–Hace mucho calor. ¿Cómo está Maysa?

–Todavía no ha dado a luz. Espero que volváis antes del gran acontecimiento.

–Bueno, solo quería saber… –la voz la traicionó cuando él le bajó la cremallera de los pantalones–. Quería… –no pudo seguir hablando.

–¿Estás ahí, Sunny?

–Tengo que dejarte, Piper. Hay interferencias. Hasta pronto. Cuídate.

Después de apagar la radio, se volvió hacia Rayad y él la recibió en sus brazos.

–Te has propuesto ser un niño malo, ¿verdad?

Él le dio un rápido beso.

–Sé lo que deseo, y te deseo a ti. Ahora.

Ella miró detrás de él y vio que la mesa con el equipo de comunicación era la única superficie disponible.

–¡No lo dirás en serio!

–Aquí no.

Ella suspiró aliviada.

–¿Dónde?

–En un lugar donde por fin pueda hacer realidad una de tus fantasías.

–¿Donde cenamos anoche?

–Sí.

–Pero es de día.

Él le agarró la mano y se la llevó a los labios.

–La espontaneidad es erótica. Hacer el amor al aire libre con la posibilidad de que te descubran es aún más erótico. Sin embargo, por si eso te preocupa, es poco probable que alguien llegue a vernos.

A ella se le ocurrió una situación desconcertante.

–¿Y desde un avión?

–A menos que Adan venga a hacernos una visita, eso no será un problema.

Lo único que le faltaba a Sunny era que su cuñado la descubriera con las bragas bajadas.

–Quien no se arriesga… Vamos.

Volvieron a subir la estrecha escalera para llegar al lugar donde había comenzado su intimidad. Una vez allí, Sunny observó que había una manta distinta a la de la noche anterior tendida en la arena, por lo que se dio cuenta de que Rayad había planeado aquello con antelación.

–Así que hay que dejarse llevar por la espontaneidad, ¿eh? –dijo ella sentándose en la manta.

Él hizo lo propio y esbozó una sonrisa astuta.

–Bueno, tal vez no sea totalmente espontáneo, pero no sabía si accederías.

–De acuerdo. ¿Y ahora?

–Levántate y desnúdate.

–¿No quieres desnudarme tú?

–Quiero mirarte.

Sus palabras la acaloraron más que el sol que brillaba sobre ellos.

–Supongo que puedo hacerlo, ya que me has visto toda entera.

Se puso de pie, se quitó la camiseta para destapar sus senos desnudos. Se quitó el resto de la ropa más despacio con la esperanza de librarse de la tensión. Rayad siguió con los ojos cada movimiento mientras se bajaba la cremallera de los pantalones cortos y los dejaba caer.

–¿Satisfecho? –preguntó sabiendo cuál sería la respuesta.

–Quítatelo todo, Sunny –dijo él, confirmando lo que ella había predicho.

Se quitó la última prenda y se quedó inmóvil mientras él la miraba.

–¿Mejor?

–Mucho mejor. Ven aquí.

–No iré hasta que te desnudes.

Sin dudarlo y sin ponerse de pie, Rayad se desnudó a toda prisa. Ella se le acercó.

–Como eres el maestro de ceremonias, dime qué quieres.

–Ponte de costado dándome la espalda.

Ella se mordió el labio inferior.

–¿Confías en mí, Sunny?

–Sí.

–Entonces, sabrás que voy a tratarte con la mayor delicadez posible. Ahora ponte de costado y deja que te dé placer.

Sunny obedeció y esperó a ver qué sucedía mientras pensaba que un mes antes no se le hubiera ocurrido estar así al aire libre. Pero un mes antes no conocía a Rayad. Se sentía mareada, con la adrenalina disparada y encendida de los pies a la cabeza.

Él le apartó el pelo del cuello y le susurró:

–Así me sentirás mejor.

Después deslizó una pierna entre las de ella, le puso una mano entre los muslos y la penetró.

Rayad tenía razón; esa postura permitía a Sunny sentirlo mejor mientras se movía en su interior. Él comenzó a acariciarla con la punta del dedo para que llegara al clímax, lo cual no tardó en suceder.

Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta, Sunny experimentó un increíble orgasmo que se incrementó con las embestidas de Rayad. Poco después, Rayad se tensó y alcanzó el clímax mientras lanzaba un gemido. Sunny se regodeó en cada pulsación de su cuerpo porque sabía que le había proporcionado tanto placer como ella a él.

Al cabo de un rato, él relajó su abrazo y le susurró al oído:

–¿Tienes alguna queja?

–Ninguna, salvo que esto acabará dentro de poco. A no ser que me invites a quedarme indefinidamente –al ver que la expresión de él se ensombrecía, añadió–: No pongas esa cara, lo digo en broma. No voy a proponerte que nos casemos. Sé que esto es temporal. Cuando nos marchemos de aquí, cada uno seguirá su camino.

–Por eso deseo que disfrutemos el uno del otro mientras tengamos tiempo.

–Estoy disfrutando mucho contigo. Sabes convertir las fantasías de una

mujer en realidad.

Él la besó suavemente.

–Te prometo que trataré de hacer realidad todas la tuyas en los próximos días.

Durante tres días, Rayad cumplió su promesa. La acarició de todas las formas posibles y en lugares que Sunny no sabía ni que existían. Le hizo el amor en diversas posturas, salvo en la que le producía miedo por sentirse confinada. Fue considerado, delicado y extremadamente sexy, tanto que le bastaba una mirada para que ella fuera a su encuentro.

Ella nunca había hecho el amor cuatro veces en veinticuatro horas. Cameron era de los de una vez a la semana. Aunque sus conquistas sexuales eran limitadas, tenía la suficiente experiencia para saber que Rayad era de una raza especial, un hombre que podía robar el corazón de una mujer como un ladrón nocturno y marcharse después con el suyo intacto.

Sin tener en cuenta las secuelas emocionales, con cada conversación interesante durante las comidas, con cada beso apasionado, con cada tontería susurrada al oído, Sunny se había dado cuenta de que corría el peligro de enamorarse. Y ese peligro se había convertido en una realidad, y no sabría qué hacer cuando llegara la inevitable separación.

Siempre había sido una persona franca, pero le preocupaba comunicar sus sentimientos a Rayad por temor a no verse correspondida. Pero odiaba los secretos, por lo que decidió sincerarse.

Con ese pensamiento en mente, se dio la vuelta en la cama y vio que Rayad ya se había levantado. Se sentó y miró a su alrededor con la esperanza de verlo nadando, pero el lago estaba tranquilo y la cueva en silencio.

Tenía que encontrarlo y confesarle sus sentimientos antes de perder el valor. Se puso la ropa interior, que estaba hecha una bola a los pies de la cama, agarró la camiseta que estaba en el suelo y se la puso mientras se dirigía a la entrada del búnker.

Cuando llegó al pasillo oyó la voz de Rayad, pero no entendió lo que decía, ya que hablaba en árabe. Detectó enfado en su tono. En cuanto acabó de hablar, entró en la sala donde estaba la radio y vio que Rayad estaba recostado en la silla y miraba al vacío.

–¿Se puede?

–Sí –respondió él, aunque la gravedad con la que la miró daba a entender que no era bienvenida.

Eso no la hizo desistir de su propósito. Pero antes de empezar a hablarle de sus sentimientos decidió averiguar el motivo de su sombrío estado de ánimo.

–¿Hablabas con alguien importante?

–Con Adan.

Ella se sentó en la mesa.

–¿Qué te ha dicho?

–Nada que quisiera oír.

–No pretendo meterme donde no me llaman, pero ¿qué te ha dicho para que estés de tan mal humor?

–Nada que te concierna.

–Muy bien. Probablemente se trate de un secreto de Estado que no me interese –al ver que él no respondía, Sunny decidió cambiar de tema–. Estaba pensando que después de bañarnos y desayunar podríamos ir al pueblo un poco antes de lo habitual. He visto un pañuelo que me gustaría comprarle a Piper.

–No puede ser.

Sunny supo cuál sería la respuesta a su siguiente pregunta, pero tenía que hacerla.

–Tenemos que irnos, ¿verdad?

–Sí, me han ordenado volver a mi trabajo inmediatamente.

–¿Y las carreteras?

–Se abrieron ayer.

–Supongo que es una buena noticia.

–Supongo –repitió él en tono indiferente.

A Sunny le pareció que él había levantado un muro de acero que la dejaba fuera, pero se negó a aceptarlo.

–Los dos sabíamos que sucedería, y tal vez sea mejor así. Si siguiéramos juntos más tiempo, yo… –su resolución de declararle sus sentimientos se perdió con sus palabras.

–Tú, ¿qué?

Había llegado el momento de arriesgarlo todo.

–Yo me enamoraría de aún más de lo que estoy.

Él se separó de la mesa, cruzó las manos detrás de la nuca y le dio la espalda.

–No puedes amarme.

A ella no le sorprendió su reacción.

–Pues así es. Créeme, no estaba dentro de mis planes, y me parece ridículo que haya sucedido tan deprisa. Pero no puedo evitar lo que siento.

Él volvió a mirarla. La frustración se reflejaba en sus negros ojos.

–No puedo corresponderte. No lo consentiré.

–¿Que no lo consentirás? ¿Por qué, Rayad?, ¿porque te gusta estar solo o porque temes ser vulnerable?

–Temo por tu seguridad física y emocional. Me estás agradecida por la atención que te he prestado, pero no me conoces tanto como crees.

–Salvo que seas un asesino, estoy segura de que no corro peligro físico contigo. Y desde el punto de vista emocional, te equivocas completamente al pensar que confundo la gratitud con el amor. Sé lo que es sentir algo así por otra persona, aunque reconozco que nunca lo había sentido de forma tan profunda. Tal vez tú nunca lo hayas experimentado y, si es así, te compadezco.

–Esto no tiene nada que ver con mi experiencia previa. Si continúo mi relación contigo podría ponerte en peligro.

–¿Por tus deberes militares?

–En parte.

Justo cuando ella creía estar resolviendo el rompecabezas, él acababa de

introducir otra pieza.

–¿Qué significa «en parte»?

–Déjalo, Sunny. Hay cosas que es mejor que no sepas.

Ella saltó de la mesa y se situó frente a él.

–Quiero saberlo todo de ti, Rayad. He cometido el error de creer que así era. Tú, desde luego, lo sabes todo de mí, incluyendo detalles del secuestro que no he contado a nadie más. Me parece que es de justicia que me devuelvas el favor contándome lo que me has estado ocultando.

Los ojos de Rayad revelaron indecisión durante unos momentos, antes de volver a adoptar una actitud estoica.

–No me atrevo a contártelo todo. Ya me he arriesgado a que me juzguen por traición al poner en peligro la seguridad trayéndote aquí. Rafik no pondría objeciones, pero si el Consejo de Gobierno se enterase, podrían ahorcarme.

Aquello era nuevo para ella, e inquietante.

–¿Y me lo dices ahora?

–Creí que merecía la pena correr el riesgo. Necesitabas descansar en un lugar donde tus heridas pudieran cicatrizar.

De pronto, cada momento de su relación le pareció falso.

–Pues mil gracias por ser mi jeque de brillante armadura, pero, para tu información, no necesito que me salven. Necesito saber si cuando me has hecho el amor significaba algo más que un premio de consolación por ser tu acompañante durante estos días.

–No eres razonable. Sabías que esta situación solo duraría unos días.

A Sunny la invadió la amargura. Si no se marchaba de allí, rompería a llorar.

–Sí, sabía que no iba a ser eterna, pero no que iba a ser tan estúpida de dejarme seducir por tus encantos y de creer que podías experimentar emociones verdaderas. Siento mucho haberlo hecho. Voy a recoger mis cosas.

Ella se dispuso a marcharse, pero él la agarró del brazo para impedírselo.

–Ojalá pudiera decirte por qué es imposible que estemos juntos, pero no puedo.

–Claro que puedes. Y me lo debes.

–Es información confidencial –afirmó él tras unos segundos de vacilación.

–Me dan igual los secretos del Gobierno –apuntó ella sin darse por vencida–, y a ti no debieran importarte después de lo que hemos compartido. Sabes que lo que me digas no saldrá de aquí.

–No volverás a mirarme con los mismos ojos. Por eso preferiría que nos separásemos mientras sigues creyendo que soy un hombre de honor.

Ella sintió una opresión en el pecho al pensar en lo que podía haber hecho para que creyera que su opinión iba a cambiar hasta ese punto. Se le ocurrieron un montón de posibilidades. Era militar, lo cual a veces implicaba recurrir, como mínimo, a la violencia. De todos modos…

–Me has dicho que trabajas para los servicios secretos. Creo que eso implica investigar actividades clandestinas.

–En efecto, pero hace tiempo que mi trabajo va más allá.

–Si tratas de ocultarme que has matado, no es necesario que lo hagas. Sé lo que es la guerra y que, muchas veces, un soldado no puede elegir: mata o lo matan. Si es de eso de lo que estamos hablando, te prometo que mi opinión sobre ti no va a cambiar.

–Te ruego que lo dejes estar, Sunny.

Ella no podía hacerlo: quería respuestas.

–Dime lo que ocultas o me marcharé de aquí ahora mismo sin ti, aunque tenga que volver a pie al palacio.

Rayad fijó la vista en un punto indeterminado y permaneció en silencio varios segundos. El corazón a Sunny comenzó a latirle a toda prisa mientras esperaba que la mirara a los ojos.

–Yo siempre he podido elegir.

Ella se quedó confusa.

–No te entiendo.

–Ya que quieres saberlo, te lo diré.

Ella observó un destello de remordimiento en sus ojos, seguido de una intensidad que la conmovió hasta lo más profundo de su ser mientras él le decía:

–Me han adiestrado para matar.

Capítulo Nueve

–¿Eres un asesino?

La acusación implícita en la pregunta tuvo un efecto inesperado en Rayad. Deseaba y necesitaba que ella lo respetase, lo que supondría darle detalles, sin tener en cuenta las consecuencias.

–Créeme si te digo que mi trabajo es necesario. Tienes que confiar en mí.

–¿Confiar en ti? –ella soltó una carcajada carente de alegría–. Estoy en una cueva con alguien que mata intencionadamente. He dormido con un asesino. Perdona, pero me parece un poco inquietante.

Él dio un paso hacia delante y, cuando ella retrocedió, se sintió como si lo hubieran atravesado con un cuchillo.

–¿No entiendes que si hubiera querido hacerte daño ya lo hubiera hecho?

Ella pareció reflexionar durante unos instantes.

–No se trata de mí, sino de a lo que te dedicas. No me cabe en la cabeza que se pueda matar intencionadamente.

–¿Te sentirías mejor si te dijera que mis servicios se necesitan rara vez?

–¿A cuántos has matado exactamente?

–Juré lealtad y silencio al asumir mis obligaciones militares. Cualquier cosa que dijera sería traicionar a mi país.

–Si no lo haces, tendré que preocuparme sobre mis criterios a la hora de juzgar a los hombres.

Rayad detestaba que ella dudara de sí misma o de sus intenciones, por lo que decidió responder.

–A dos hombres. Uno planeaba poner una bomba en mitad de un pueblo a instancias de una coalición radical con base en el norte de Bajul; el otro planeaba matar de un tiro al padre de Rafik, que entonces era el rey, en un acontecimiento público. Se me había encomendado su protección.

–Entiendo. El asesino destruye al asesino. Tiene lógica –afirmó ella con cinismo.

–Aunque te resulte difícil de creer, me vi obligado aceptar ese trabajo.

–Explícame cómo se le obliga a alguien a convertirse en un asesino.

Él se debatió entre quedarse en silencio o contarle toda la verdad. Regresar a esa parte de su pasado le resultaría doloroso, y odiaba revivir emociones que había enterrado, pero sería imperdonable rechazar a la mujer que con tanta valentía había reconocido su amor por él.

–Si quieres respuestas, ven conmigo y las encontrarás.

–Antes de hacerlo, dime adónde vamos.

–Está en el desierto, no lejos de aquí. Lo único que se necesitan son botas adecuadas. En cuanto te vistas, nos veremos en la entrada del

búnker.

–Muy bien. No tardaré.

Después de que Sunny se hubiera ido, Rayad se preguntó si había obrado correctamente y si sería capaz de proporcionarle toda la información necesaria para que entendiera por qué había perdido el alma y se había extraviado; por qué tenía el corazón destrozado sin posibilidad de recuperación; por qué nunca sería el hombre que ella necesitaba.

El calor asfixiante comenzó a pasar factura a Sunny mientras recorrían una zona rocosa. Tras veinte minutos de intentos infructuosos para seguir de cerca a su guía, dobló una enorme formación rocosa y vio el desierto ante sí. Divisó a Rayad sobre una duna y se dirigió hacia allí preguntándose por qué se habría detenido. Esperaba que hubieran llegado a su destino, aunque no se veía nada más que el desierto desolado. Pero cuando trepó por la duna vio que al otro lado había un oasis, con un olivo a la derecha y palmeras y otras plantas a la izquierda. En medio de aquel inesperado verdor se alzaba un montón de piedras y de restos de madera carbonizados de unos diez metros de altura.

–¿Qué es eso? –preguntó ella cuando se hubo recuperado lo suficiente para hablar.

–La clave de mi pasado.

Rayad se dirigió hacia las ruinas y Sunny lo siguió. Él se detuvo ante una estructura de metal que parecía haber sido una puerta y se sentó en una piedra. Ella lo hizo a su lado y esperó una explicación que no llegó.

–Dime qué sitio es este y lo que sucedió aquí, Rayad –le pidió.

–Hace tiempo fue mi palacio –afirmó él con sorprendente indiferencia–. Lo destruyó una explosión.

–¿Hubo heridos?

–Murieron dos miembros del personal, y hubo otros.

–¿Quién más había aquí?

–Mi esposa y nuestro hijo de tres años.

–Me dijiste que no habías estado casado.

–Te dije que no estaba casado.

Ella recordó la conversación y vio que tenía razón. De hecho, el había esquivado la pregunta como había podido.

–No fue un accidente, ¿verdad?

–No.

Todo comenzaba a aclararse, salvo por los detalles pertinentes.

–¿Quién lo hizo?

Él se tapó el rostro con las manos durante unos segundos antes de volver a mirar las ruinas.

–Una persona vengativa con deseos de arrebatarme todo lo que amaba.

Al oír el dolor de su voz, Sunny tuvo que esforzarse en reprimir sus emociones.

–Lo siento mucho, Rayad, de verdad. Espero que quien lo hizo pagara por ello.

–No he conseguido descubrir la identidad del asesino, a pesar de llevar

diez años buscando al canalla que destruyó mi hogar y mi vida.

–Y eso fue lo que hizo que te convirtieras en asesino.

–Sí. Me serví de mis contactos para intentar averiguar quién era, y el día en que finalmente me enfrente a él lo mataré en el acto.

–¿Y si no llega ese día?

–No dejaré de buscar hasta que lo encuentre o hasta que exhale el último suspiro. Se lo debo a mi esposa y a mi hijo.

Era evidente que llevaba años consumido por la sed de venganza.

–No sé nada de tu esposa, pero, si era una mujer como las demás, no desearía que desperdiciaras la vida tratando de vengar su muerte.

Rayad se levantó y comenzó a caminar.

–Lira no era una mujer como las demás. Era amable y bondadosa, y una madre excelente. Nos adoraba a mí y a nuestro hijo, Layz.

Sintió una enorme compasión por Rayad.

–No puedo imaginarme lo que has debido sufrir, pero espero que algún día vuelvas a ser feliz.

Él seguía caminando y evitaba mirarla.

–No seré feliz hasta que vengue la muerte de mi familia matando a su asesino.

–Y si eso sucede, ¿te quedarás satisfecho sabiendo que has intercambiado una vida por otra?

–Por cuatro vidas –afirmó él categórico mientras se volvía hacia ella–. Será una especie de expiación por mis faltas. Si no hubiera sido por mi trabajo, seguirían vivos.

Ella se levantó y se quedó frente a él.

–Pero continúas sin saber quién es el responsable.

–He seguido varias pistas, pero todas me han conducido a un callejón sin salida. Todavía me quedan otras por investigar, incluyendo a algunos enemigos de mi padre.

–¿Me estás diciendo que esta tragedia pudo ser el resultado de las relaciones de tu padre y que tú no serías responsable en absoluto?

Él bajó los brazos y la miró desafiante.

–Es una posibilidad remota, en el mejor de los casos. Trasladé a mi esposa y a mi hijo hasta aquí para protegerlos. Fallé en mi intento porque esa noche yo debiera haber estado en casa, pero me lo impidieron mis actividades clandestinas.

–Si hubieras estado aquí, también habrías muerto.

–Al principio era lo que deseaba. Seguí adelante gracias a la misión que me impuse.

–No has seguido adelante, Rayad. Te hallas preso de tu odio y tu sentimiento de culpa.

La expresión de él se volvió fría como el hielo.

–¿No guardas rencor a quienes te secuestraron?

–Pues sí. Me he imaginado al hombre tumbado en el suelo mientras le golpeo con un bate de béisbol. Mi terapeuta me ha dicho que esas fantasías son sanas, siempre que se quedaran en eso y no las llevara a la práctica, lo cual me hace mucha gracia, ya que soy incapaz de matar una mosca.

–¿Y no quieres saber su identidad?
–¿Para qué? Pasó y ya está. La experiencia me ha hecho más precavida y tal vez algo más temerosa. Pero estoy dispuesta a superarla en vez de consentir que me asfixie. Aunque no te lo creas, me has ayudado a darme cuenta de la importancia de recuperar mi vida. Lamento que no puedas recuperar la tuya.
Él volvió a mirar las ruinas.
–Tenemos que volver al palacio. Y vuelvo a recordarte que no debes hablar de esto con nadie. Son muy pocas las personas que conocen mi pasado.
–¿Está entre ellas mi hermana?
–No. Adan me prometió no contárselo a nadie.
–No te preocupes. Guardaré el secreto.
Mientras se alejaba de él, Sunny se dio cuenta de que nada de lo que le dijera conseguiría que se tambaleara su resolución de seguir estancado. Si había decidido seguir inmerso en su dolor y en su búsqueda de venganza, que así fuera.
Nunca sería un hombre para ella, lo cual la entristecía mucho. Y peor aún, él nunca se permitiría volver a amar, y ella no podía hacer nada al respecto. Ni siquiera estaba dispuesta a intentarlo.

***

–¿Y bien?
Después de un viaje en silencio hasta el palacio y una incómoda cena familiar, Sunny se había retirado a su habitación a deshacer la bolsa de viaje y a tratar de dormir. Su hermana desbarató sus planes.
–¿Y bien qué, Piper?
–¿Lo has pasado bien con Rayad?
–Fue bonito mientras duró.
Piper la miró con recelo.
¿Habéis… ? Ya sabes.
–Sí, lo hemos hecho. Varias veces. ¿Contenta?
–Lo que importa es que tú lo estés, y creo que no.
Sunny dejó la ropa en la cómoda y tiró la bolsa a una silla.
–Mira, lo hemos pasado bien, ha sido estupendo, pero se ha acabado. Y punto.
Piper se sentó en el borde de la cama y la miró como un halcón que hubiera divisado una presa.
–Si te ha hecho daño, dímelo, y le diré a Adan que se encargue de él.
Sunny apartó la bolsa y prácticamente se dejó caer en la silla.
–No me ha hecho ningún daño, así que no hace falta que le digas a tu esposo que le dé una paliza. Somos adultos y sabíamos que lo que pasara sería temporal. Ahora, si no te importa, es tarde y quiero acostarme.
–Muy bien –dijo su hermana haciendo un mohín y levantándose–. Sé cuando no soy bienvenida, pero quiero que me des todos los detalles antes de que te marches dentro de dos semanas.
A pesar de que le dolía darle la mala noticia, Sunny pensó que no tenía

más remedio.

–Con respecto a eso, creo que me marcharé dentro de un par de días. Ya estoy lista para volver a trabajar.

–Apenas hemos tenido tiempo de hablar, Sunny. ¿Por qué no te quedas al menos una semana?

Lo haría si no tuviera que ver a Rayad todos los días, aunque tal vez él se marchara a continuar con su misión de muerte y destrucción.

–Lo pensaré cuando haya dormido.

–Muy bien. Me iré en cuanto me contestes una pregunta más.

–Que sea rápida.

–¿Dónde os alojasteis?

–En un lugar bastante primitivo, cerca de un pueblecito.

–¿No había servicio de habitaciones?

–Claro que no. Solo había una cama con sábanas limpias.

–Me sorprende que te fijaras en la cama cuando la compartías con ese monumento de hombre. Si se parece a Adan, ni siquiera habréis necesitado una cama.

Tras estas palabras, Piper salió deprisa de la habitación, sonriendo antes de que su hermana pudiera reprochárselas.

Sunny, exhausta, se duchó por segunda vez ese día, se lavó los dientes, se puso su camiseta de dormir preferida y se metió en la cama. Tardó más de una hora en dormirse debido a las imágenes de momentos maravillosos con Rayad que le se deslizaban por la mente.

–Te necesito…

Sunny se despertó sobresaltada creyendo que estaba soñando. Pero vio que el hombre de sus sueños estaba al lado de la cama, vestido únicamente con el pantalón del pijama.

–¿Qué haces aquí?

–Necesito estar a tu lado una última noche, aunque sé que no me lo merezco.

Tenía un aspecto tan perdido y desamparado que ella se echó a un lado y apartó la ropa de cama.

–Muy bien, pero solo vamos a dormir.

–Lo entiendo –afirmó él mientras se metía en la cama.

Se tumbó boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. Ella se puso de costado y lo miró.

¿Tienes demasiadas cosas en la cabeza que te impiden dormir? –preguntó ella.

–Sí.

–A mí me pasa lo mismo. Quiero es que hables conmigo, Rayad, que me digas lo que piensas.

Él lanzó un profundo suspiro.

–Mi nombre secreto es León –dijo de pronto. Layz significa «león». Me lo puse en honor a mi hijo –él sonrió tristemente. Era un niño muy valiente y de gran inteligencia. Siempre moviéndose y metiéndose en líos. También era muy cariñoso; lo había heredado de su madre.

–También de ti.

Esas palabras lo obligaron a mirarla.

–¿Cómo puedes decir eso cuando sabes quién soy y lo que soy capaz de hacer?

–No eres como crees, Rayad. Es una fuerza amarga la que te impulsa a tratar de ser así. Pero no lo conseguirás porque, aunque te parezca mentira, sigues teniendo muchas cosas buenas.

–No podré redimirme –aseguró él al tiempo que apagaba la luz.

Sunny apoyó la mejilla en su pecho.

–Te equivocas por completo. Es evidente que querías a tu esposa, e imagino que ella a ti.

–Estás en los cierto. La amé nada más verla.

Por una parte, Sunny no estaba segura de querer saber los detalles; por la otra, era una oportunidad para conocer al hombre que se ocultaba bajo una armadura de acero.

–¿Cuándo os conocisteis?

–La noche en que nuestros padres anunciaron nuestro compromiso.

Increíble. Un matrimonio concertado que había funcionado hasta que el destino les jugó una mala pasada.

–¿Qué edad teníais cuando os casasteis?

–Yo, diecinueve, y ella acababa de cumplir los dieciocho. Nuestro hijo nació dos años después. Fue el día más maravilloso de mi vida. Recuerdo cuando lo tomé por primera vez en brazos, su primera sonrisa y el día en que dio los primero pasos. Llevo muchos años rechazando dichos recuerdos, pero últimamente no puedo.

–No debieras rechazarlos. Los recuerdos te ayudarán a cicatrizar las heridas.

–La pérdida me ha dejado una herida en el alma que nunca cicatrizará. Un hombre no debiera enterrar a su esposa y a su hijo.

La voz de Rayad se quebró, y Sunny tuvo ganas de llorar. Se acercó más a él y se le abrazó con fuerza. Estuvieron así durante un rato hasta que él la atrajo hacia sí y la besó con pasión. En unos segundos se desnudaron y comenzaron a acariciarse con desenfreno. Y cuando llegó el momento de consumar su unión por última vez, Sunny se olvidó de sus miedos y lo empujó para que se colocara sobre ella. Y se regodeó con su peso y con la proximidad de su cuerpo moviéndose en su interior. Cuando alcanzó el clímax, le encantó oírle decir su nombre al tiempo que él también lo alcanzaba. Lo amaba con todo su corazón.

Después, Rayad se quedó completamente inmóvil, hasta el punto de que Sunny creyó que se había dormido. Pero, entonces, él volvió a tumbarse a su lado, le pasó el brazo por el abdomen y apoyó la mejilla en el hombro. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que la tenía húmeda, de que por fin había dado rienda suelta a las lágrimas que llevaba tanto tiempo sin verter. Y fue entonces cuando surgió en ella le esperanza de que hubiera comenzado su curación.

***

–Despierta, Sunny. ¡Ya ha empezado!

Sunny se frotó los ojos, vio a Piper y recordó la visita de Rayad la noche

anterior. Volvió la cabeza, pero no había nadie a su lado.
Se sentó en la cama y bostezó.
–¿Qué mosca te ha picado esta mañana, Piper?
–Maysa está de parto. Lleva toda la noche. El médico ha dicho que el bebé nacerá de un momento a otro. Está en su habitación. La tradición exige que un futuro rey nazca en palacio, salvo en casos de emergencia. Han montado un quirófano en el sótano y hay una ambulancia a la puerta del palacio. Pero parece que Maysa va a dar a luz sin problemas.
Sunny apartó las sábanas y dio gracias por haberse puesto una camiseta la noche anterior y porque no hubiera prueba alguna de la presencia de Rayad.
–Voy a darme una ducha rápida.
–Nos vemos arriba, en el salón familiar –dijo Piper mientras se dirigía a la puerta–. Date prisa. Quiero que estés presente cuando nos presenten al bebé. No se sabe si será niño o niña.
–Apuesto lo que quieras a que es una cosa o la otra –gritó Sunny.
Rayad no quería estar presente, pero la lealtad a la familia pudo más que sus deseos. Sunny apareció vestida con el caftán azul que le había comprado en el pueblo y unas sandalias doradas. Estaba tan hermosa como la primera vez que la había visto. Le examinó el rostro y vio que no sonreía. Era culpa suya, así como la tristeza que se reflejaba en sus ojos.
Siguiendo el ejemplo del resto de los hombres presentes, Rayad se puso de pie mientras se esforzaba por no acercarse a ella y besarla. Pensó que lo mejor era evitarla. Pero la mala suerte quiso que ella cruzara el salón y se sentara en una silla vacía que había a su lado.
–¿Has dormido algo? –preguntó ella con una sonrisa.
–Algo –murmuró él–. ¿Y tú?
–Lo mismo. ¿Estás bien?
Él creyó que se refería a su crisis emocional, tema al que no quería volver.
–Estoy listo para volver a mi trabajo.
–Por supuesto.
Cuando la conversación cesó, él agarró una revista de una mesita y fingió leer. El salón bullía de especulaciones sobre el sexo del bebé, lo cual le impedía concentrarse. Tener a Sunny tan cerca tampoco le ayudaba.
Ojalá pudiera hallar una excusa para marcharse, pero se pondría en evidencia. Deseó que la reina se diera prisa.
–Señoras y caballeros, atiéndanme un momento, por favor.
Rayad alzó la vista y vio a Deeb, el secretario de palacio, en la puerta. El hombre carraspeó dos veces antes de conseguir que todos le prestaran atención.
–Con orgullo y la bendición de los padres, les presento al recién nacido príncipe de Bajul, Ahmed ibn Rafik Mehdi.
Un hijo. Rayad se quedó inmóvil en el momento en que Rafik entró en el salón con el niño en brazos. Le invadieron todos los recuerdos que había tratado de reprimir. Los presentes se arremolinaron en torno al recién nacido, lo cual le impedía salir de allí. Vio que Sunny se había sumado a la multitud.

–¿Puedo tenerlo en brazos? –oyó que ella preguntaba, y Rafik se lo entregó, lo cual era un poco extraño, ya que Sunny no era un familiar consanguíneo.

También le resultó raro que ella se le aproximara mientras lo miraba sin pestañear. Se quedó atónito cuando le tendió al bebé.

–De esto se trata, Rayad. Este niño es una señal de la que la vida continúa incluso en las épocas más oscuras.

El miró al niño y recordó, no con amargura y pesar, sino con asombro. Le dio la bienvenida al mundo en silencio y rogó que nada malo le ocurriese. Pero cuando el dolor del recuerdo fue excesivo, trató de devolverle el niño a Sunny, pero ella se había marchado. Y allí estaba, con un niño en brazos que no era suyo y con escasa esperanzas de volver a tener otro.

Capítulo Diez

A Sunny no le sorprendió que Rayad entrara hecho una furia en su habitación y dispuesto a enfrentarse a ella. Era lo que había planeado.

–No tenías derecho a hacerme sufrir de ese modo –le espetó él con voz airada.

Ella siguió haciendo el equipaje como si nada.

–Te guste o no, necesitabas despertar.

Él cruzó la habitación y se quedó a los pies de la cama con los puños cerrados como si quisiera da un puñetazo a algo.

–No eres quién para decidirlo.

Ella le lanzó una breve mirada y siguió con el equipaje.

–Alguien tenía que hacerlo, Rayad, así que, ¿por qué no yo?

–No me ha hecho ninguna gracia que te hayas metido donde no te llaman.

Después de haber acabado de hacer el neceser, Sunny lo cerró y lo dejó en el suelo. Solo entonces le prestó toda su atención.

–Mañana me marcharé y no volverás a verme.

–¿Adónde vas?

–A Atlanta, a trabajar.

–¿Por qué tan pronto?

–Creo que resulta evidente. El palacio no el lo suficientemente grande para los dos. Mientras estés aquí, no podré olvidarme de ti. Pero antes de irme, tengo que decirte algunas cosas.

–Adelante, por favor.

–En primer lugar, no era mi intención herirte al darte al bebé, sino obligarte a darte cuenta de que la vida se renueva si la dejas. En segundo lugar –prosiguió–, te quiero. Pero no pienso quedarme ni un minuto más para verte morir cada día un poco más por tu incapacidad de perdonarte.

–No soy digno de perdón.

Ella se le acercó.

–Claro que lo eres. Y un día te despertarás solo y te darás cuenta de que te has perdido un futuro lleno de amor y felicidad. ¿Quieres enfrentarte a eso o prefieres pasar la vida con una mujer que te ame y te acepte de forma incondicional?

Él le agarró las manos y la tomó en sus brazos. Se abrazaron durante unos instantes y, después, él se separó y buscó sus ojos.

–No entiendo qué ves en mí, Sunny, ni tampoco la facilidad con la que has aceptado mis numerosas faltas. Es un honor haber conocido a una mujer tan excepcional como tú.

–No soy excepcional, Rayad, sino una mujer del montón que espera encontrar un día a un hombre que la quiera con locura.

–Ojalá fuera yo. Pero, como no puede ser, no dudo que encontrarás al hombre que te mereces.

Ya había hallado al mejor. Era una lástima que él no se percatara.

–Gracias por esa perspectiva tan optimista sobre mi futura pareja y, sobre todo, por devolverme la seguridad en mí misma.

–Siempre estuvo ahí, Sunny. No necesitabas mi ayuda, sino solo que te incitara un poco. Puedes estar segura de que no me arrepiento de los momentos que hemos pasado juntos, y de que hacer el amor contigo ha significado para mí mucho más de lo que te imaginas.

Si no se alejaba de él en aquel mismo instante, Sunny se vendría abajo. Para evitarlo se dirigió al escritorio, agarró una hoja de papel y escribió sus datos personales. Una vez que lo hubo hecho, volvió al lado de Rayad, al que entregó el papel.

Él examinó el folio durante unos segundos antes de volver a mirarla.

–No te prometo nada.

–Lo sé –afirmó ella con los ojos empañados–. Prométeme al menos que tratarás de estar a salvo.

–Lo intentaré.

Ella cedió al deseo de volver a abrazarlo y él la imitó y la besó con delicadeza, lo cual a ella le destrozó el corazón aún un poco más. Después salió de la habitación sin mirar atrás y sin despedirse.

Hacía siete largos días que ella se había marchado, siete largas noches que él la echaba de menos.

A Rayad solo se le ocurría una forma de dejar de pensar en Sunny y de volver a centrarse en su misión. Por ese motivo, se puso el uniforme y buscó a su comandante en jefe.

–Te pido volver inmediatamente a estar en activo, Adan.

–Te digo que no, Rayad. Tienen que darte el alta médica primero.

–Estoy totalmente recuperado.

–Ya veremos lo que dice el médico.

–Lo he ido a ver esta mañana y me ha dicho que estoy bien. Si no me crees, llámalo.

–Desde luego que voy a llamarlo y, después, seré yo quien determine si estás en condiciones físicas y mentales de volver a trabajar.

Rayad apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia delante.

–Si no me falla la memoria, me hiciste venir al palacio la semana pasada porque necesitabas mis servicios y, sin embargo, me has evitado desde que llegué.

Adan dejó caer la pluma que sostenía y vio cómo rodaba por el suelo.

–Te mentí sobre mi necesidad de tus servicios.

–¿Por qué?

–Porque me preocupaba el bienestar de mi cuñada.

–No le he hecho daño alguno, ni nunca se lo haría.

–No intencionadamente, pero a Piper le parece que tampoco la has ayudado. De hecho, está convencida de que eres la razón de que se marchara antes de lo previsto.

Podía negar esa suposición, pero mentiría.
–Va a retomar su trabajo.
–¿Estás seguro? Sunny parecía muy deprimida cuando se fue, por no hablar de que me han informado de que te aprovechaste de ella cuando estuvisteis juntos.
–No me aproveché. Sunny y yo somos adultos, y lo que sucedió entre nosotros fue de mutuo acuerdo.
Adan lo fulminó con la mirada.
–Te conozco, Rayad. Después de la muerte de tu esposa, te serviste de tus encantos para atraer a las mujeres a tu tela de araña y luego dejarlas en la estacada con el corazón destrozado.
–Lo que ha habido entre Sunny yo ha sido distinto. Ella es diferente. Me importa mucho, mucho más que cualquier otra mujer desde hace años. Nunca la haría sufrir a propósito. Pero no soy el hombre adecuado para ella, y por eso, en contra de mi voluntad, he tenido que dejar que se fuera.
De pronto, Adan se echó a reír.
–¡Caramba! ¡Te has enamorado, Rayad!
Él se enderezó, sorprendido.
–No he dicho eso.
–No hace falta que lo digas. Lo llevas escrito en el rostro.
Rayad se dio cuenta de que su primo tenía razón: se había enamorado de la bella periodista. La quería, y lo más probable era que siempre la quisiera. Pero había un problema que le impedía profundizar en sus sentimientos, y era que debía encontrar a los responsables de la muerte de su esposa y de su hijo.
–Sean cuales sean mis sentimientos, no puedo obrar guiado por ellos.
Adan se levantó con ímpetu y envió la silla rodando hasta la librería.
–¿Eres tonto, Rayad? Claro que puedes. Nada te retiene aquí. Te sobra el dinero y ya no tienes un hogar propiamente dicho. Te daré un largo permiso para que vayas a buscarla, del mismo modo que yo fui a por mi esposa. Nunca he lamentado mi decisión, y tú tampoco lo harás.
–Todavía no he encontrado a quienes asesinaron a mi familia. Sunny no entiende mi necesidad de hacerlo.
Su primo lo fulminó con la mirada.
–Tal vez haya llegado el momento de que te olvides de esa misión.
–Si decido ir a buscar a Sunny, es muy probable que no quiera verme.
–Piper me ha dicho que Sunny te dio su dirección y su número de teléfono. Me parce que no lo hubiera hecho si no quisiera verte.
Adan tenía razón, pero Rayad seguía debatiéndose internamente.
–Si continúo mi relación con Sunny, tendré que renunciar a todo lo que he conseguido en mi profesión, así como a vengar la muerte de mi esposa y mi hijo.
–Pero lo que obtendrás a cambio te compensará con creces –Adan suspiró–. Recuerda que la venganza no te devolverá a tus seres queridos. Debieras olvidar el pasado porque, en caso contrario, tu inútil búsqueda va a robarte tu futuro con Sunny. Honra a tu esposa y a tu hijo aprendiendo a amar de nuevo. Y si quieres ir a ver a Sunny, yo mismo pilotaré el avión para llevarte a Estados Unidos.

Salió de allí muy confuso. No podría ir a buscar a Sunny a menos que estuviera dispuesto a olvidarse de sus deseos de venganza. No podría entregarse a ella por completo a menos que se perdonara a sí mismo. No podría seguir adelante a menos que se olvidara del pasado.

Hasta no estar seguro de poder controlar todo aquello, proseguiría con su misión.

Cuando sonó el timbre, Sunny estaba a punto de llamar a la pizzería para echarles una bronca por lo mucho que estaban tardando en llevarle la cena a casa. Con esa idea en la cabeza, abrió la puerta. Pero quien había llamado era su antiguo amante y chico preferido. Abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

–¿Es un espejismo?

Él sonrió.

–No. ¿Puedo entrar?

–Claro, pasa y siéntate.

Él entró y se sentó en un sillón al lado del sofá. Sunny tardó unos segundos en reaccionar y se puso a temblar.

–Si hubiera sabido que ibas a venir me hubiera puesto algo más bonito que esta sudadera con capucha.

–Estás igual de guapa que siempre.

Él también, con su chaqueta azul marino, los pantalones a juego y la camisa blanca.

–¿Te importa decirme a qué has venido?

–He reflexionado mucho desde que te marchaste de Bajul.

–¿Sobre qué?

–Sobre nosotros.

–¿Y?

Él se inclinó hacia delante con las manos unidas entre las rodillas.

–Volví a mi trabajo hace unos días, pero no podía dejar de pensar en el tiempo que pasamos juntos y en que los peligros a los que me suelo enfrentar podrían separarme de ti para siempre.

–Pero no estamos juntos, Rayad.

–Por eso estoy aquí –afirmó. Vaciló unos segundos y añadió–: Tenías razón en muchas cosas, Sunny, y una de ellas es mi incapacidad para retomar mi vida. Quiero cambiar.

Ella se inclinó y le tocó el brazo.

–Puedes hacerlo, Rayad. Lo harás.

–No estoy seguro de que sea así. Sé que no lo conseguiré sin tu ayuda, pero me pregunto si sería justo pedírtela.

S–Solo puedo ayudarte si me dejas, y será difícil si sigues empeñado en encontrar a los asesinos de tu familia.

–He solicitado una excedencia en el Ejército con el consentimiento de Adan.

Ella se quedó muda de la sorpresa.

–¿Sabe Adan lo nuestro?

–Sí. Ha desempeñado un papel decisivo, pues fue quien me convenció de

que viniera a buscarte. Incluso ha pilotado el avión hasta Atlanta.

La próxima vez que viera a su cuñado, Sunny le daría un enorme y fraternal beso.

–¿Estás dispuesta a volver a Bajul conmigo? Hasta que veamos si estamos hechos el uno para el otro.

No era lo que ella deseaba, pero se aproximaba.

–No puedo abandonar mi trabajo y marcharme contigo con la esperanza de que realmente quieras comprometerte en nuestra relación.

–Podrías seguir trabajando con base en Bajul.

–Eso no disminuiría el riesgo que corro, sobre todo porque nunca me has dicho lo que sientes por mí.

–¿Correrías el riego si te dijera que te quiero?

Era justamente lo que ella deseaba oír.

–¿Cómo sabes que me quieres?

Él se levantó del sillón y se sentó con ella en el sofá.

–En las últimas semanas, he dejado de tener pesadillas y he soñado contigo. Solo he pensado en ti y no podía soportar el dolor de haberte perdido. Sé que no merezco tu perdón, pero te ruego…

–Calla y bésame, Rayad.

Él la obedeció y lo hizo con pasión.

–Si decido volver contigo, ¿dónde viviremos? –preguntó ella cuando se separaron.

–Te ofrecería la cueva, pero pronto estará llena de militares. Tal vez debiera quedarme aquí durante cierto tiempo. Conozco poco de Estados Unidos y nunca he estado en Georgia.

–¿Crees en serio que lo nuestro puede funcionar a pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos?

–A mí me gustaría tener hijos más adelante.

–Me alegra saberlo. Y debes saber que muy pronto voy a hacerte mi esposa.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

–Un momento, no tan deprisa. En primer lugar, tenemos que conocernos mejor antes de siquiera planteárnoslo.

–Estoy de acuerdo –afirmó él besándola en la mejilla–. Pero te advierto de que no soy muy paciente y que puedo ser muy convincente.

–Puede, pero vas a necesitar más que palabras bonitas y mucho sexo del bueno para convencerme de que tenemos que casarnos enseguida.

–Ya veremos –dijo él guiñándole el ojo.

–Por el poder que me ha conferido el Estado de Georgia, os declaro marido y mujer.

Y allí, apenas tres meses después, en el jardín de una preciosa mansión de antes de la guerra y rodeados de la familia y algunos amigos, Sunny se tragó el orgullo y tuvo que desdecirse.

Por suerte, el beso que su esposo le dio en los labios hizo que mereciera la pena la decisión de sumergirse tan rápidamente en la felicidad matrimonial. Rayad estaba muy guapo de esmoquin. Y gracias a su fortuna

había comprado la casa que servía de marco majestuoso a la ceremonia. Aunque a Sunny nunca le había importado su dinero, y seguiría sin hacerlo.

Pero esa fortuna les permitiría gozar de una larga luna de miel en Milán. Sunny se inclinó hacia Rayad y le susurró:

–¿Crees que habrá cuevas en Italia?

–Seguro que si las hay, las encontraremos.

Se echaron a reír mientras posaban para una foto, saludaron a algunos invitados y se separaron cuando Adan se llevó a Rayad para hablar con él.

Piper se acercó a Sunny y la abrazó.

–Estás fantástica con este traje de boda. El satén y el escote palabra de honor te sientan muy bien.

–Tú tampoco estás nada mal –afirmó Sunny mirándola de arriba abajo. Me muero de ganas de tener otro sobrino.

–Y yo de dejar de vomitar mañana, tarde y noche –bromeó Piper.

–Me gustaría comer algo. Últimamente soy un pozo sin fondo.

–¿Por algún motivo? –preguntó Piper mirándola con recelo.

–Sí, pero aún no se lo he dicho a Rayad.

Sunny agarró a su hermana del brazo y la alejó de los invitados.

–No quiero decírselo todavía a los abuelos, y estoy segura de que mi esposo no querrá enterarse de la noticia por un desconocido antes de que pueda dársela.

–¿Qué noticia?

Sunny vio que Rayad estaba a su lado.

–Algo que he sabido hace un par de días.

–Creo que es mejor que os deje solos –apuntó Piper, que abrazó a Rayad y añadió–: Enhorabuena por la boda y por lo que estás a punto de descubrir.

Piper se alejó a toda prisa y Rayad se volvió hacia Sunny con expresión confusa.

–¿Quieres explicarme lo que ha querido decir?

Ella dejó el ramo de flores en un banco y lo tomó del brazo.

–Sí, lo haré con mucho gusto mientras damos un paseo.

Comenzaron a pasear por el jardín.

–Me gustaría poner una piscina en la parte trasera de la casa. Aquí hace mucho calor en verano, casi tanto como en el desierto.

–¿Esa era la noticia?

–Enseguida te la cuento. También he pensado que el patio lateral sería un buen sitio para hacer un parque infantil con columpios y toboganes. Claro que habrá que esperar a que volvamos de la luna de miel para hacerlo.

–¿Para qué necesitamos un parque infantil?

–Mi sobrino Sam lo utilizará cuando Piper y Adan lo traigan de visita. A Zain y Madison les gustará tener un sitio para que jueguen los gemelos cuando vengan. Y, por supuesto, Rafik, Maysa y su hijo vendrán asimismo en algún momento. También habrá que pensar en poner un columpio más para nuestro hijo el año que viene.

Él se detuvo en seco.

–¿Estás embarazada?

–Sí, de seis semanas. ¿Cómo estás?

–Preocupado. Tengo miedo.

No era lo que ella deseaba oír.

–¿De qué tienes miedo?

–De no poder manteneros a salvo a los dos.

–En la vida no hay garantía de nada –dijo ella poniéndole la mano en la mejilla.

–Lo sé, pero no dejo de recordar mis fallos.

–Llevará tiempo solucionarlo, cariño, y yo estaré a tu lado en todo momento. Espero que cuando tengas en brazos a nuestro hijo, te des cuenta de que tienes una segunda oportunidad.

–Te prometo que no volveré a ese infierno que yo mismo me creé. Seguiré adelante con tal de que estés a mi lado. Y trataré de protegerte en la medida de mis posibilidades.

–Sin armas, espero.

–Sin armas a partir de este momento –afirmó él sonriendo al fin.

–Te amo, dulce esposo mío. Siempre te amaré.

–Y yo también te amo, mi querida esposa. Para toda la eternidad.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com